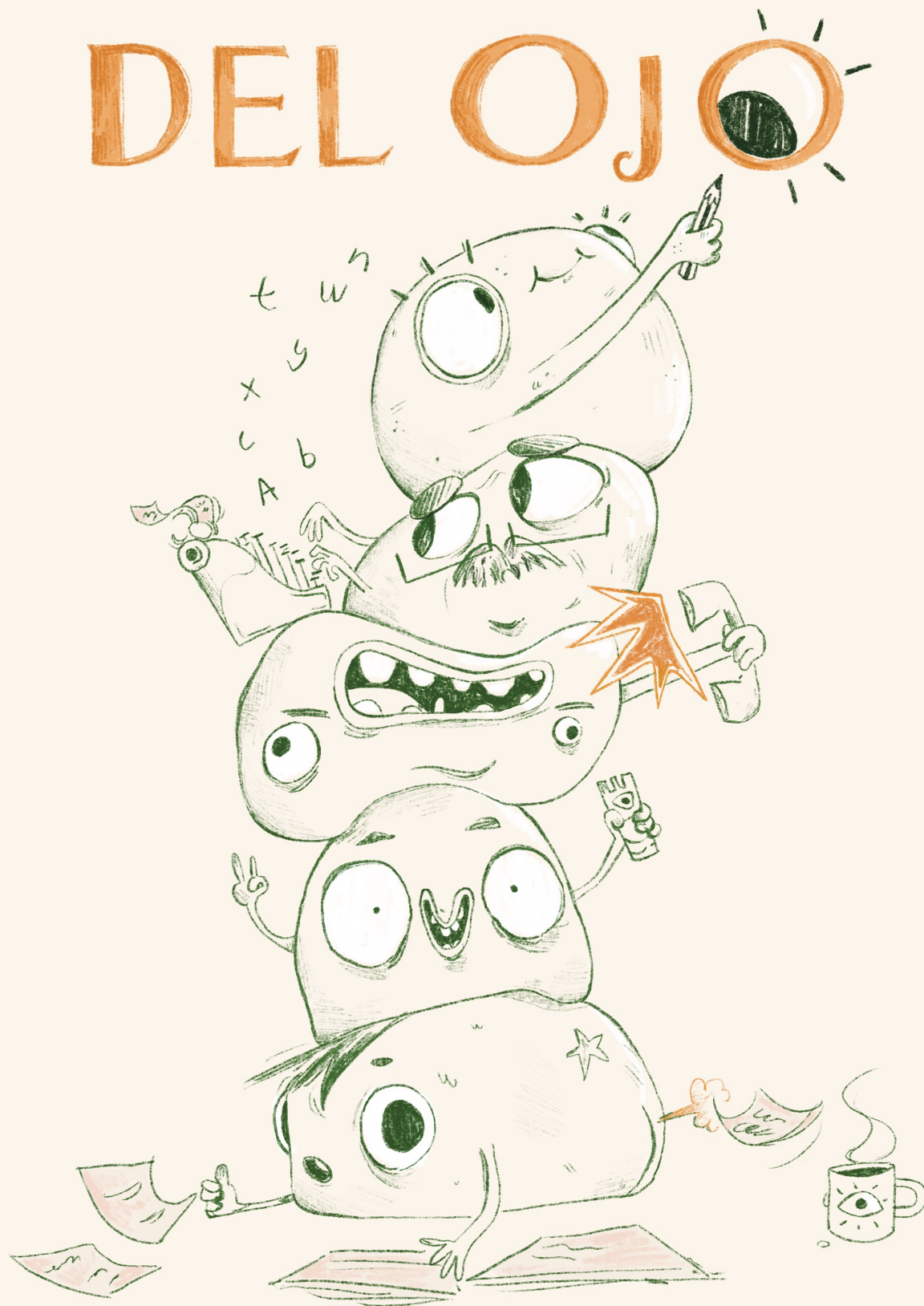


Año 1- Número 3

Revista de literatura
y cultura

LA TORRE DEL OJO





LA TORRE DEL OJO

Revista de literatura y cultura

www.latorredelojo.com

NÚMERO 3

Noviembre 2025

ISSN: 3101-2167

DIRECTORES

Felipe Díaz Pardo

Fernando Martín Pescador

COLABORACIONES

Elena Belmonte

Raquel Bordóns

Jesús Cepeda

María Cristóbal Sánchez

Carlos Diest Sánchez

Carlos Fernández González

Manuel Hernández Andrés

Marcos Jiménez

Juaco

José Ramón Guillem García

Juan José Jurado Soto

Tina de Luis

José Manuel Pérez González

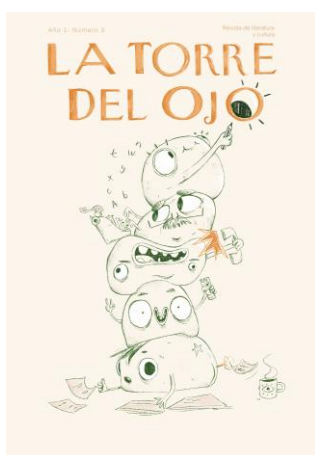
Miguel de los Santos

Gilmar Simões

Eduardo Torrico

ILUSTRACIONES

Candela Ruiz Cortés



CONTACTO

latorredelojo@gmail.com

Enviar colaboraciones a esta dirección de correo.

La torre del ojo no se responsabiliza, necesariamente, de las informaciones y opiniones expresadas por sus colaboradores.

Editorial

Por Fernando Martín Pescador

Lo malo no es oír voces. Lo malo es no escucharlas. Escuchar las voces que vienen de dentro y las voces que vienen de fuera. Es así cuando la literatura se acerca a la vida y cobra sentido. Queremos que la escucha sea el viento que guíe esta revista que atraca hoy en su número tres.

Escuchar a esas voces ha convertido este número en el más oscuro y el más homogéneo de los que, hasta ahora, hemos publicado. El que recalca y ahonda en las bahías más incómodas: la depresión, la muerte, el crimen, la huida, la soledad, la memoria y la nostalgia, la ausencia y el silencio. Abordamos todo esto, como queremos abrazar siempre la alegría y las ganas de vivir.

Son muchos los logros de *La torre del ojo* en apenas tres meses: ¡hemos abierto tantas rutas en nuestro camino a las especias! En muchas ocasiones, ha sido necesaria mucha mano izquierda. Especialmente en este número tres, en el que la ilustradora Candela Ruiz Cortés, lesionada de su mano derecha, ha aprendido a dibujar con su otra mano para ilustrar nuestros textos. Y, con su mano izquierda, su arte, su creatividad y su frescura, ha conseguido darles tanta, tanta luz que ha convertido el número más oscuro de *La torre del ojo* en el más luminoso de su corta historia. Gracias por ser nuestro faro, Candela, nuestro sol en noviembre.

Contenidos

Palabra de ilustradora Candela Ruiz Cortés	<u>página 3</u>
Noviembre Raquel Bordóns	<u>página 4</u>
Sin tu presencia incierta José Manuel Pérez González	<u>página 6</u>
Te lo advertí Juaco	<u>página 7</u>
Noviembres Carlos Diest Sánchez	<u>página 8</u>
El marinero Marcos Jiménez	<u>página 12</u>
Trivialidades tras la huida Felipe Díaz Pardo	<u>página 14</u>
Con clave María Cristóbal Sánchez	<u>página 18</u>
Sacar la basura Elena Belmonte	<u>página 19</u>
La colección Clásicos Hispánicos Carlos Fernández González	<u>página 23</u>
La muerte en femenino singular R. Kipling	<u>página 28</u>
El viaje Gilmar Simões	<u>página 31</u>
El hámster dorado de Siria Manuel Hernández Andrés	<u>página 36</u>
<i>Madera de Boj</i> , de Camilo José Cela Miguel de los Santos	<u>página 44</u>
El cuento de terror: entre lo fantástico y el miedo Felipe Díaz Pardo	<u>página 47</u>
Corazones en movimiento, corazones en su sitio Fernando Martín Pescador	<u>página 53</u>
Informe sobre los <i>bestsellers</i> José Ramón Guillem García	<u>página 56</u>
Abada Juan José Jurado Soto	<u>página 60</u>
Los roqueros cenan con sus padres Fernando Martín Pescador	<u>página 62</u>
La belleza en la palabra Tina de Luis	<u>página 64</u>
Acrósticos Juan José Jurado Soto	<u>página 69</u>
<i>Presencia</i> y otros poemas de José Emilio Pacheco Certámenes literarios – Breverías	<u>página 71</u> <u>página 72</u>
Agenda 2025–26 Odio el amanecer	<u>página 73</u> Separata
Eduardo Torrico	

Palabra de ilustradora



Candela Ruiz Cortés*

El otro día leí un cuento infantil sobre un niño que llevaba consigo un pesado cazo colgado allá donde iba. No podía quitárselo ni tampoco hacerlo más ligero. Este le impedía jugar con los otros niños, realizar actividades con soltura o, en cierta forma, vivir su vida con comodidad. La historia no acababa con él arrancando el cazo, sino que aprendía a vivir con el peso, con suerte, un poco más ligero.

En este mes de estreno del tomo de noviembre, hace un año que me lesioné mi muñeca derecha. Esta inesperada situación me ha impedido hacer muchas cosas, entre ellas dibujar, y ahora llevo un cacito que da golpes en el suelo cuando ando. Casi todas las ilustraciones de la revista de este mes están dibujadas con mi mano no dominante. Con mucho tiempo y dedicación. Porque, si hay algo que ha hecho posible este proyecto, ha sido la ardiente pasión por el arte y por contar historias.

Sé a ciencia cierta que todos arrastramos cazos de diferentes tamaños y colores, pero, si puedo utilizar esta *palabra de ilustradora* para decir algo; por favor, sed unos pedazo de frikis. Alimentad la creatividad que, sin necesidad de ser artistas, es tan importante mantener. Salid con la bici, leed un libro, andad por la calle y fijaros en la gente que hay a vuestro alrededor; escuchad y aprended de todo aquello que tenga algo que enseñaros por muy avanzados que creáis estar en esta vida. La vida no se acaba a los veinte, todavía hay tiempo para crear.

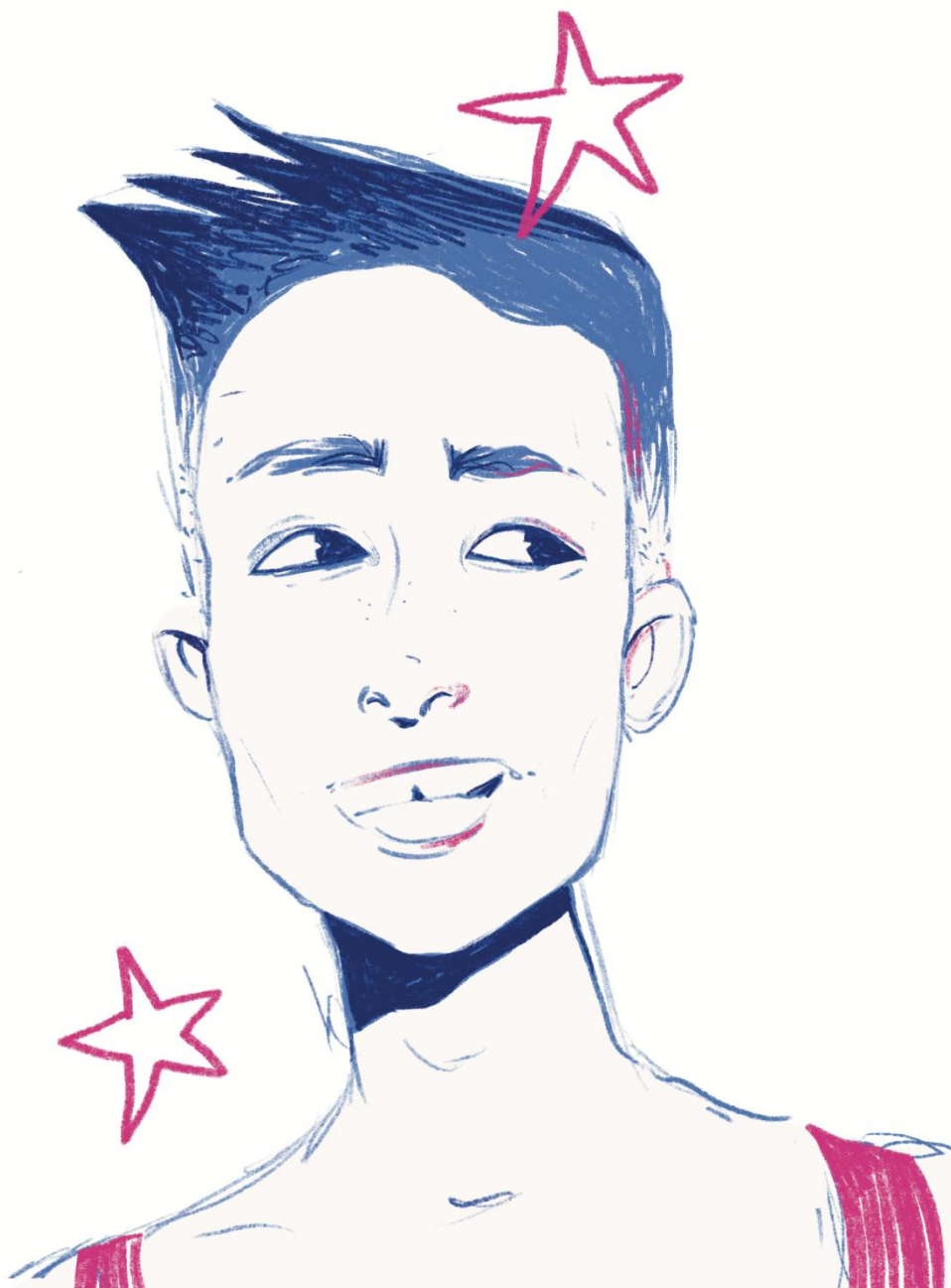
Si me permitís ser un poco egoísta en este párrafo, quería dar la gracias a mis padres por apoyarme en el *artísteo* en un mundo de «genera esta imagen en estilo anime» y porque, aun estando manca, nunca han dejado de creer en un futuro para mí en esta industria. Gracias a mis amigas, y a mi novio, que, sin saberlo, ha sido el mayor ejemplo de superación y resiliencia.

Y ahora sí, me llevo mi cacito a otra parte, ¡gracias!

* **Candela Ruiz**, estudiante de animación 2D e ilustradora. Se siente identificada con todos los personajes tontos de ojos muy grandes.

Noviembre

Raquel Bordóns♦



Nunca la muerte y la vida se entremezclaron tanto en un mes como en el mes de noviembre.

♦ Superviviente, como mínimo, hasta este mes de noviembre.

Ya el primer día de este mes goza de nombre por ser el día de todos Los Santos en España y en otros países europeos y de América. Mala suerte para Los Santos, que para llegar a este estatus han tenido que pasar por encontrarse con el hombre de la guadaña. Eso nos lleva irremediabilmente al segundo día del mes, en el que se celebra el día de los difuntos, especialmente en México.

La noche del 1 de noviembre las calles se llenan de niños, y no sólo de niños, engalanados con sus más horrendos disfraces y tintados de sangre por todas partes para emular monstruos, muertos vivientes y otros terroríficos seres. El horror se mezcla con la fiesta y la muerte se entrelaza con las risas y se endulza con los caramelos.

Mientras tanto, a miles de kilómetros de distancia, la muerte también se hace protagonista en esos días. El respeto a los difuntos se manifiesta en los habitantes mexicanos que piensan que, mientras un sólo pensamiento suyo permanezca con sus difuntos, son capaces de prolongar la vida eterna de éstos.

Por tanto, noviembre nos permite y nos regala saltar de la muerte a la exaltación de la vida. Un 11 de noviembre, tan cercano y tan lejano que todavía se sienten las cicatrices en las almas del planeta, puso fin a la locura de unos pocos hombres que acabaron con la vida de tantos inocentes.

Era el fin de una primera guerra mundial que parecía pronosticar un gran aprendizaje al que subirse para evitar la repetición de semejante salvajada. ¡Habría sido hermoso balancearse en ese sueño!

Ese mes de noviembre sonaron las trompetas de la paz y brillaron estrellas de reconstrucción, de celebración y de esperanza. Quizá las Leónidas cayeron por primera vez (aunque seguramente no, pero resulta romántico creerlo) aquel año creando ese pico de lluvia de meteoros que se ha mantenido durante cerca de un siglo los días 17 de noviembre.

¡Cómo no va a celebrar el mundo el triunfo de la vida cada mes de noviembre!!! ¡Cómo no va a decorarlo con música cada 22 de este undécimo mes celebrando el día internacional de la música por Santa Cecilia!

Celebremos con música, con lluvia de estrellas que, a pesar de la locura de unos cuantos, la vida se abre paso y florece escabulléndose traviesa del hombre de la guadaña.

Sin tu presencia incierta

José Manuel Pérez González♦

Sin tu presencia incierta me asusta el oleaje,
no consigo hablarte, ni callar sin estar triste,
pienso, en ti, me desnudo del traje que me viste,
soy un niño acobardado, perdido, sin coraje.

Oigo tu nombre dulce donde el silencio suena,
llama a tu corazón el mío, violín dormido,
no logro salvarme del abismo, no te olvido,
el corazón no late, todo es negrura y pena.

Si tú callas, yo no existo, habito la negrura;
te nombro mas tu nombre resuena en mi cabeza,
choca sin esperanza ninguna en la aspereza.

No consigo curarme, sanar de esta locura;
quiero estar loco, echarme en las aguas de tu río,
busco tu amor y hallo mi desconsuelo y el vacío.

♦ **José Manuel Pérez González** ha sido profesor de instituto cuarenta años. Ha publicado unos 800 artículos de temas educativos, algunos de los cuales están recogidos en *Empezar con mal pie* (2023) y *Acabar de mala manera* (2024). Ha publicado ocho libros de poesía, reunidos en "*Obra poética (1969-2006)*". Tiene varios poemarios inéditos, esperando ser publicados.

TE LO ADVERTÍ

Juaco*



Las paredes rezuman unos chorretes oscuros.
Escurren desde arriba hacia el suelo y
se van deteniendo a mitad de su recorrido.
No todos con la misma longitud.

No todos con el mismo grosor, el mismo peso.
Su cadencia extraña resulta armónica y nos
obliga a mirarla, a desentrañar su significado.
¿Quién nos habla y desde dónde?

¿Podría ser el pentagrama para una melodía?
¿Un criptograma?
¿Pero de qué alfabeto?

Y mientras miro absorto
la música suena
las palabras resuenan
la muerte sonríe:
Te lo advertí.

* Joaquín Miñarro es un artista plástico, poeta y escritor.

NOVIEMBRE 1

A parabra ye imachen, ye paisache
—aire, pluya, luz, arte, árbol—.
A parabra recuerda. Recosira
o silencio. Lo mira encara. A parabra
cartografía cada uembra,
caligrafía cada ausencia
—noviembre, boira baixa, cabotarde—.
A parabra ye tiempo, ye tornada.

A memoria d'un mundo que s'amorta.



NOVIEMBRE 1

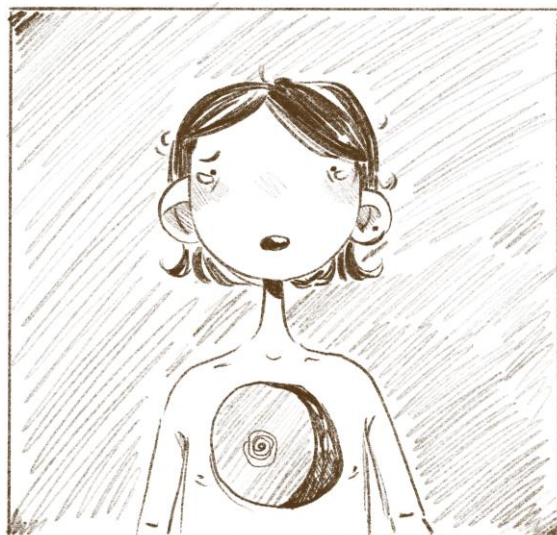
*La palabra es imagen, es paisaje
—aire, lluvia, luz, arte, árbol—.
La palabra recuerda. Echa en falta
el silencio. Lo busca todavía. La palabra
cartografía cada sombra,
caligrafía cada ausencia
—noviembre, niebla, anochecida—.
La palabra es tiempo, es regreso.*

La memoria de un mundo que se despuebla.

* **Carlos Diest** empezó a publicar en la colección *Drume Negrita* de Zaragoza a finales de los años 80 del siglo pasado. Tuvo también un grupo de rock con sus hermanos. Escribe siempre en aragonés aunque a menudo se autotraduce al español.

NOVIEMBRE 2

An que a vida remata e a memoria
encomienza, en ixe punto exacto
tu te'n fues ya pa cutio. Me dixés
un zarpau de disiertos en o tacto,
un nombre que negar, atro terne
noviembre. Aquí habito e muero
dende alabez —cenisa, molsa, sangue—,
dende que tu te'n fues e me dixés
per herencio esta ausencia de silencio.



NOVIEMBRE 2

*Donde la vida acaba y la memoria
comienza, en ese punto exacto
tú te fuiste ya para siempre. Me dejaste
un puñado de desiertos en el tacto,
un nombre que negar, otro tenaz
noviembre. Aquí habito y muero
desde entonces —ceniza, musgo, sangre—,
desde que tú te fuiste y me dejaste
por herencia esta ausencia de silencio.*

NOVIEMBRE 3

No bi ha guaires parabras
que rimén con noviembre.
Tasament tres u quatre verbos
e una decena de nombres
contando sustantivos e adchetivos:
clarescuro, calivo,
chanzana, chera, gruda,
infinito, solada,
a nieu que encomienza a plegar n'ó paco,
a uloreta d'ó prau mientras aduerme,
a traza en que a luz roza o tuyo cuerpo
cuan te dispierta eterna cada día.



NOVIEMBRE 3

*No hay muchas palabras
que rimén con noviembre.
Apenas tres o cuatro verbos
y una decena de nombres
contando sustantivos y adjetivos:
claroscuro, rescoldo,
genciana, hoguera, grulla,
infinito, poso,
la nieve que comienza a cuajar en la umbría,
el olor del prado mientras duerme,
la forma en que la luz roza tu cuerpo
cuando te despierta eterna cada día.*

NOVIEMBRE 4

Distancias, disonancias;
ixa voz d'atri, viva agora.
Noviembre torna. Sembra a ixambre
l'ahiere en recorcovos e retuertas,
os suenios, os deseyos escabala.
Los fa suyos, los fa nuestros.
Miradas e paisaches,
recuerdos e miraches.
Con l'antiga memoria compartida,
Noviembre torna e parla.



NOVIEMBRE 4

*Distancias, disonancias;
esa voz ajena, viva ahora.
Noviembre vuelve. Siembra a mano
el ayer en recovecos y recodos,
los sueños, los deseos descabala.
Los hace suyos, los hace nuestros.
Miradas y paisajes,
recuerdos y espejismos.
Con la antigua memoria compartida,
noviembre vuelve y habla.*

El Marinero

Marcos Jiménez Cano♦

La soledad se hace presente
al tocar sus pies las aguas;
pero no le hace frente,
le acompaña aún con gesto confundido.

Rodeado su cuello se halla
un único reluciente anillo,
cuyo brillo parece hacer posible su habla,
guardando un eterno olvido.

¿Acaso aclama la muerte,
o simplemente la nombra en silencio,
como quien busca en ella
un descanso sin juicio?

¿Por qué hace el tiempo las maletas
sin siquiera dejar nota?
Añora la figura del ególatra,
podría plegar el tiempo sin aviso.

¿Estará evocando al eterno retorno?
¿Es etéreo el tiempo, y no vale oro?
¿O sigue aguardando porque no es valeroso,
y su cuerda de huida es atarse en el foso?

Oscuras pugnas torturan su subconsciente,
obstruyen su mente.
¿O construyen andamios vigentes,
ocupando su horizonte de frente?

Hágase nuestro joven marinero,
de rostro bello y ceño fruncido,
perdido en mares que nadie ha oído,
náufrago eterno de su propio sendero.



♦ Marcos Jiménez (2004), entusiasta de la literatura y de la poesía. Usa la poesía como conductor de sus pensamientos y sentimientos, con un toque existencialista, intenta enamorar y hacer reflexionar al lector con sus escritos.

No calma la brisa su nombre,
pero roza el agua con dedos de ausente,
y sin voz la empuja, la curva, la alienta,
a romper su quietud contra la piedra.

Perder no es un acto,
es una condición.
Vivir con lo que falta,
habitar la forma del hueco.

El silencio no es vacío,
es un territorio incierto
donde la ausencia toma forma,
y el tiempo despliega su sombra.

Hágase nuestro joven marinero,
roto por dentro,
buscando en las olas consuelo,
que trazan en la arena un futuro en duelo.

Nadie escapa al final que aguarda en silencio,
ni el alma sabe el precio de su despedida.
Porque, si la muerte está escrita,
¿Es la vida una poesía de mal gusto?

Hágase nuestro joven marinero,
envuelto en las aguas y su danza;
se percata de que las olas no paran.
¿Qué anhela? Anhela esperanza.





TRIVIALIDADES TRAS LA HUIDA

Cuando escapo tras la huida
puedo lanzar disparates,
decir también falsedades
y hacer banal mi mensaje.

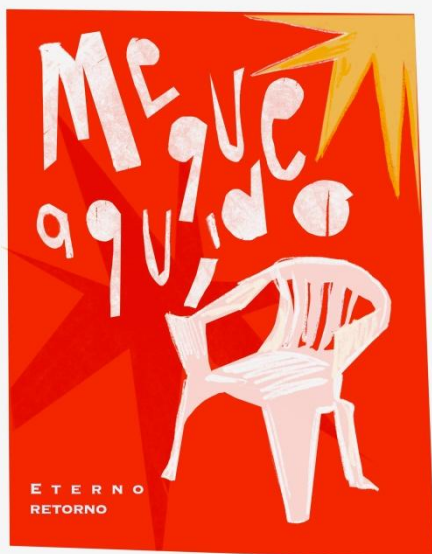
Es quizá que nada importe
en un mundo ya gastado
el olvidar todo pasado
al no atender sus predicciones.

Ahora ya nada necesito,
puedo pensar sin ataduras
y vengar las mordeduras
del tiempo traspasado.

Seré libre de mí mismo,
para ser lo que no fui
y sentir lo que no vi
en mis años por la sombra.

La edad da gallardía,
suele aportar prestancia
para recorrer la distancia
que requiere el vacío.

Seré lo que no he sido,
inventaré cosas bellas
y buscaré en las estrellas,
si la ilusión lo pretende.



ETERNO RETORNO

Fue Heráclito, famoso metafísico,
quien inventó un pensamiento
al hablar del constante movimiento
de las aguas en los ríos.

Todo es continuo flujo, aseguró,
constante devenir de la materia,
que no evita al hombre su miseria
y nos condena a malvivir.

Así yo, con un libro en las manos,
y rumiando tal afirmación,
reconozco que llevaba razón
aquel pensador tan despierto.

Me entristece recordar
mis tiempos de juventud
en que, movido por mi ineptitud,
aprendía con sus páginas.

Releo las mismas historias,
sentado al calor de la lumbre,
y sin cambiar de costumbre
veo cómo pasan los años.

Estar en el mismo sitio
es mi angustia permanente,
pero no haré nada diferente
que destruya la armonía universal.

MENTIRA PRIMAVERAL

Marzo es un mes para la muerte.
La lluvia arrastra en torrenteras
vestigios de ambiciones caducas
y siembra nuevos infortunios.

Llegará la mentirosa primavera
y nos hará títeres de sus caricias
al creer de nuevo que la luz
encenderá verdades sin futuro.

Abril es un mes de falsedades.
Querrá que, con sus flores impasibles,
renazcan atisbos de cordura
y olvidemos antiguas singladuras.

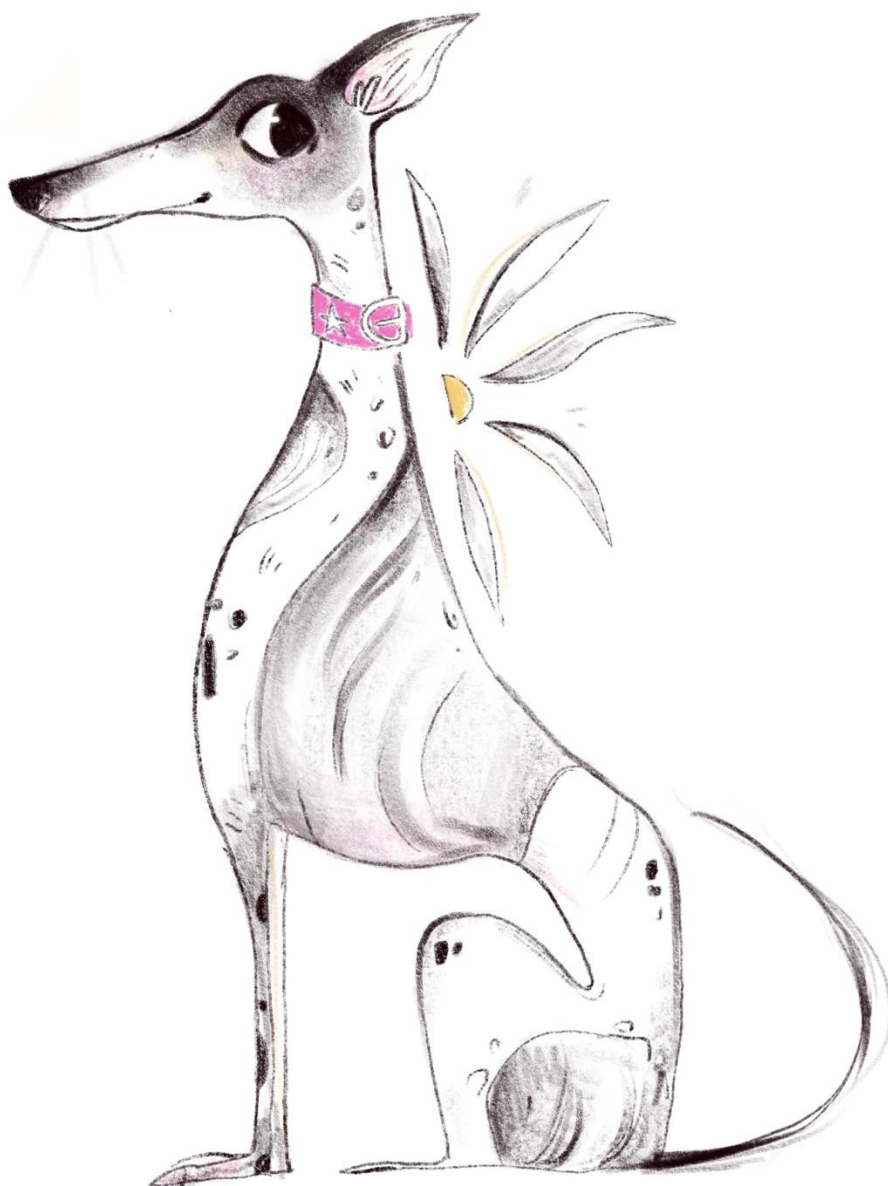
Hará creer que el verde de los campos
volverá a ser cierto, sin decirnos
que es una simple compostura
para nuestros ojos candorosos.

Mayo es un mes de colores banales.
Los mares pondrán sus azules al sol
y los parques jugarán a ser cómplices
de los simples y amorosos paseantes.

Vendrán las vírgenes que adoramos
a alegrar con sus flores y canciones
los ánimos maltrechos del invierno
y daremos gracias por su bondad.

Junio es un mes para la esperanza,
a pesar de las falsedades pasadas
y nos conformaremos con pensar
en el triste consuelo del verano.

Habrà que esperar al otoño verdadero
para que, con el ocre de su calma,
nos demuestre que la verdad serena
solo habita en hojas secas y marchitas.





MUSEO DE LA EXISTENCIA

El museo de la existencia
esconde entre sus lienzos
estampas diversas del pasado.

En ellas habitan figuras
que en otro tiempo fueron
amigos de antiguas correrías.

Otras veces solo existe el hueco
de un pensamiento inabarcable
que sigue oculto ante los ojos.

Los cuadros que uno mismo colorea
son retazos de una vida insoslayable,
oculta ante los ojos del que mira.

Se adornan con marcos exquisitos
y barnices de pretendido fingimiento
que disimulen cualquier superchería.

Cuelgan en salas olvidadas,
en paredes sin dueño,
fruto del olvido prematuro.

Y se apagan las luces del recinto
el día en que, tras la última visita,
se echa el cierre para siempre.

Con clave

María Cristóbal Sánchez*

Parómeon u homeopróforon: Figura retórica; repetición del mismo fonema al inicio de varias palabras consecutivas

Con clave de **SOL**
solfeas con soltura
solo para mí,
siempre solista,
eterno solitario
en su solemne soliloquio.
Como solución a tus lluvias
solícito
soliviantar a tu soledad,
solventar tu tristeza,
solapar tus sollozos
con solidarias sonrisas,
soldar tus nubes
con días soleados
y sólidos solsticios solaces.

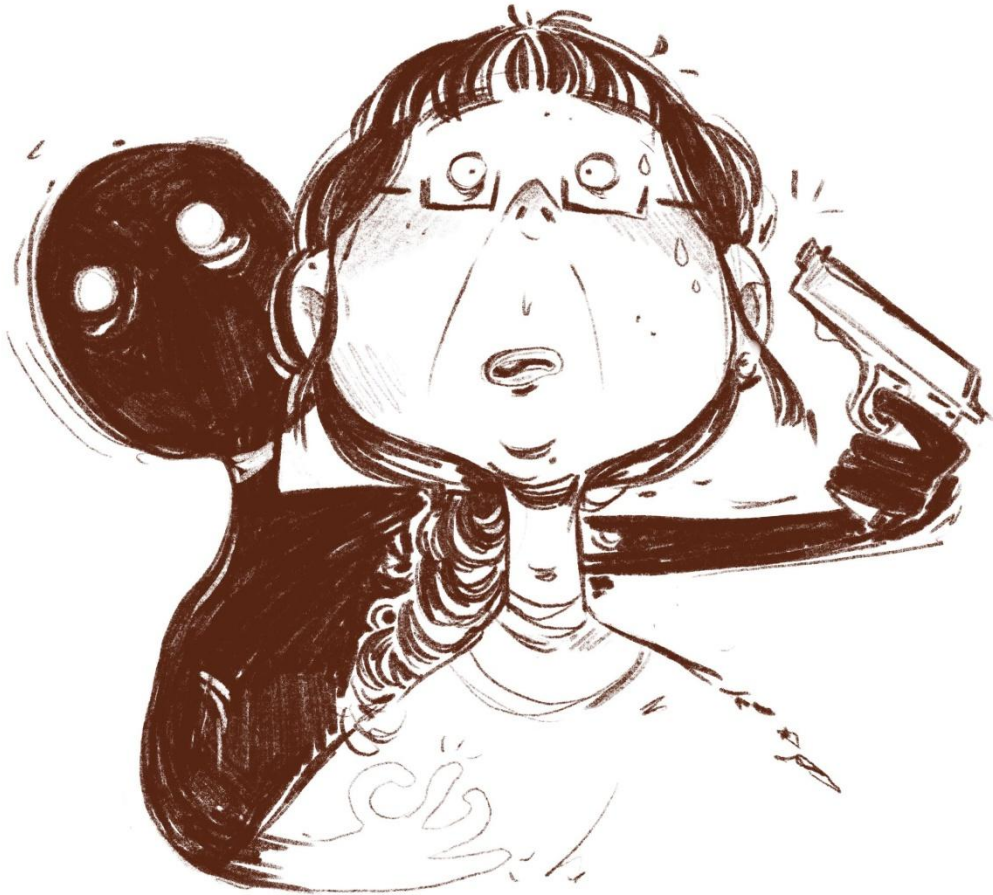
Con clave de **DO**
pareces dócil,
aunque me dominas;
tienes el don de domar
mis dolencias.
Dormir acurrucados
una mañana de domingo
es mi sueño dorado,
ser tú mi doncel y
yo tu doncella;
sobran donjuanes donde tú
estés,
solo tú eres mi dogma,
mi doctrina.

¿Con clave de **FA**
y de falsete
me vienes con fanfarrias?
Lo que yo quiero
es escuchar tu fagot
interpretando el Fuego Fatuo
de la famosa fantasía de
Falla.
Sabes que de tu arte,
como de ti,
soy fanática,
que te echo de menos
cuando me faltas,
fantaseo con tus besos
y fabrico caricias
que fascinan mi alma.
Debería ser más fácil amarte
y que me amaras,
sin fallos,
miedos,
sospechas
ni faltas.

* **María Cristóbal Sánchez** es licenciada en Administración y Dirección de Empresas por la Universidad de Zaragoza. Actualmente estudia Lengua y Literatura en la UNED. Trabaja como gerente de banca personal en Ibercaja. La música es su gran afición; toca el saxofón en varias agrupaciones musicales.

SACAR LA BASURA

Elena Belmonte[^]



En el despacho de GLENDA. GLENDA y EDGAR. Sentados en sillones; uno frente a otro.

Ella tiene un cuaderno y un bolígrafo en la mano.

EDGAR: He venido para despedirme, doctora. Agradecerle sus desvelos y bla, bla, bla. He decidido que me voy a pegar un tiro en mi dormitorio. Lo haré al anochecer. Hoy. A las 21 y 5.

GLENDA: ¿Puede explicarme por qué esa exactitud?

EDGAR: Porque es a esa hora cuando sacan los contenedores de basura a la

[^] Elena Belmonte es escritora y profesora de técnicas narrativas.

calle. No quiero dejar la basura en mi casa. Sobre todo, porque con el verano olerá mal enseguida. No creo que el forense vaya a encargarse de algo así. Y como usted sabe, no tengo a nadie a quién dejarle el encargo...

GLEENDA: ¿Se trata de una broma?

EDGAR: Usted me conoce, doctora, y sabe que no soy un tipo con sentido del humor. Los fracasados no lo tenemos. Si alguna vez decide suicidarse, se dará cuenta de las cosas tan tontas que uno pretende dejar resueltas antes de... (*con ironía.*) partir...GLEENDA: Me decepciona, Edgar.

EDGAR: Lo siento. No pretendo que lo entienda. Pero me alegra que saque el tema de la decepción. Llevamos con esta terapia más de un año y, a la vista está, que no ha servido de nada. Es más, diría que estoy peor que cuando llegué.

GLEENDA: Perdone que discrepe.

EDGAR: ¿Discrepa?... Tiene gracia. No me obligue a pensar que además, es usted una cínica. Hace un año yo podría estar desesperado, pero ni se me ocurrió pensar en conseguir una pistola.

GLEENDA: Sinceramente, creo que todo esto es una manipulación. ¿A qué ha venido, a hacerme culpable de su suicidio? ¿Se trata de una venganza porque piensa que la terapia no ha dado resultado?

EDGAR: Empiezo a estar harto de tanta cháchara. "Manipulación, venganza". Aquí la única que me ha estado manipulando todo el tiempo es usted.

GLEENDA: ...

EDGAR: Sí, no me mire con esa cara.

GLEENDA: ¿Podría explicármelo mejor?

EDGAR: Por supuesto. Supongo que ya por el mes de marzo tuvo que darse cuenta de que me sentía atraído por usted, ¿por qué no cogió el toro por los cuernos y me dijo...?

GLEENDA: ¿De qué está hablando?

EDGAR: Deje de hacerse la tonta conmigo. Tuvo que notarlo. Si no estaba interesada en mí, debería habérmelo hecho saber. Me ha estado entreteniéndome todo este tiempo, hasta que no he tenido más remedio que abrir los ojos y aceptar que yo a usted le importo un pimiento.

GLEENDA: Pero ¿cómo puede decir eso, Edgar? Lo está usted confundiendo

todo. Nuestra relación ha sido terapeuta paciente en todo momento. No sé de dónde se saca que haya podido haber otra cosa.

EDGAR: Sigue haciéndose la tonta. Y, además, está enfadada. Conozco muy bien su cara y sé cuándo algo la contraría. Ese pliegue que se le hace ahí, en un lado de la boca. Se ha enfadado, pero no tiene ningún motivo para hacerlo. La vida le sonríe. Tiene usted todo esto (*señalando lo que les rodea.*), una profesión lucrativa, seguridad y estabilidad y estoy seguro de que no hace más que salir a cenar con su marido a restaurantes lujosos de esos que lo ponen todo perdido de flores y velas. Debe de ser maravilloso pasarse el día escuchando las penas de los demás y luego llegar a un pedazo de casa, poner música, tomarse una copa y luego... follar como una perra.

GLENDA: Creo que vamos a dar la sesión por terminada.

EDGAR: ¿Lo ve? Está enfadada.

GLENDA: No voy a tolerar que venga aquí a insultarme. Márchese, por favor, y a partir de ahora haga con su vida lo que le parezca. (*Se levanta.*)

EDGAR: ¡Así de fácil! Es usted la que me ha llevado a una situación sin salida y ahora es tan fácil como chasquear los dedos y volver a su vida muelle, ¿no?

GLENDA: ¡¿Quiere explicarme de dónde, demonios, se saca todo eso?! ¡Podría ser que no tuviera marido o que viviera en un chamizo con cuatro tablas porque se quemó mi casa o porque mi tía abuela me dejó arruinada o puede ser que me violaran con dos años y no me guste el sexo! ¿Y qué tal si le dijera que ni siquiera mi trabajo me satisface porque a veces vienen pacientes a contarme que se van a suicidar por mi culpa y me llaman perra!

EDGAR: (*Con mucha ironía.*) Vaya, ¿quiere esto decir que ha habido más pacientes que la han llamado así? Tendré que pensar que usted se las trae, doctora. Pero si tan desesperada está, matémonos juntos. Pero no, claro, solo está hablando de boquilla porque ¿cómo va a renunciar a sus cenas con velas, su casita de doce habitaciones y sus noches de lujuria?

GLENDA: ¡Le aseguro que, si alguna vez decidiera matarme, usted sería la última persona por la que me haría acompañar!

EDGAR: Al menos, esto deja las cosas claras. Yo tenía razón: usted no se siente atraída por mí.

GLENDA: ¡Puede jurarlo!

EDGAR: ¿Ni siquiera asistirá a mi entierro?

GLENDA: ¡Váyase!

EDGAR: Está bien. He intentado ayudarla, pero usted se resiste. Le vendría bien ir a mi entierro, al menos. Eso tranquilizaría a la opinión pública. Porque después de que la policía lea la nota que dejaré escrita, le aseguro, doctora, que va a tener mucho jaleo. Si usted y yo no podemos tener una relación más personal estando vivos, la tendremos con uno de los dos muertos.

GLENDA: ¡Está loco!

EDGAR: Me encanta esa cara que pone ahora. ¿Es miedo?... Si le digo la verdad, tampoco sería mala idea que me suicidara aquí o... quizá mejor matarla a usted que, al fin y al cabo, no sacará mi basura al contenedor... Sí, eso es lo que más me molesta, doctora.

Lentamente, EDGAR saca una pistola y se apunta a la sien.

GLENDA: Edgar...

Luego EDGAR la retira y apunta a GLENDA.

GLENDA: Escuche, Edgar...

Luego EDGAR de nuevo apunta a su propia sien y de nuevo a GLENDA.

GLENDA: Todo esto...

Repite el juego una vez más, con aire perverso y divertido. Mientras GLENDA ha ido reculando y poniéndose detrás del respaldo del sillón.

OSCURO. Suena un disparo.

Libros para descargar emociones

La colección Clásicos Hispánicos

Carlos Fernández González*



La colección Clásicos Hispánicos publica libros electrónicos desde junio del año 2012 con un objetivo claro: la edición y difusión en formato electrónico de literatura en lengua española en ediciones cuidadas, crítica y textualmente, destinadas tanto a un público especializado como general. Nuestro equipo editorial, compuesto por doctores filólogos y especialistas en humanidades digitales, lleva a cabo una estricta labor de corrección y revisión de los originales cuyo resultado final es la edición en formato ePub, con su correspondiente número de ISBN, construido sobre una base en XML-TEI (lenguaje de marcado

* **Carlos Fernández González** (Valladolid, 1973, residente en Valdemoro desde 2001), doctorado en Filología Hispánica por la UCM, bibliógrafo y bibliotecario especializado en libros anteriores al siglo XIX, dirige la colección de literatura en formato electrónico Clásicos Hispánicos.

de textos), a la que también se da acceso. Clásicos Hispánicos ni tiene ánimo de lucro ni edita comercialmente: nuestro proyecto de investigación, con mucho amor por la filología, se basa en la colaboración desinteresada tanto de su equipo como de los editores que quieran publicar en la colección, teniendo estos últimos, en todo caso, los derechos sobre sus ediciones.

Próximamente llegaremos al número 125 de la colección. Por el camino hemos publicado obras de todas las épocas, desde la Edad Media hasta el siglo XX, de los autores más conocidos (Cervantes, Quevedo, Lope de Vega, Garcilaso de la Vega, Pérez Galdós, Rubén Darío, García Lorca, Unamuno, Antonio Machado, Miguel Hernández, etc.) y de otros menos nombrados (Cristóbal de Castillejo, Diego de la Cueva y Aldana, José de Cañizares, Manuel Reina, etc.), de todos los géneros literarios, algunas conocidas por el público general y otras más desconocidas, incluso inéditas hasta la fecha. En el plantel de editores hemos dado cabida tanto a veteranos y experimentados filólogos como a las nuevas generaciones de ellos. Por mencionar a algunos entre los primeros, tenemos a Luis Gómez Canseco, catedrático de Literatura Española en la Universidad de Huelva, que nos ha editado las dos partes del Quijote y el Libro de los gorriones; a José Luis Canet, catedrático de Literatura Española de la Universitat de València, que nos entregó La Celestina (Tragicomedia de Calisto y Melibea); a Miguel Ángel Pérez Priego, editor del Laberinto de Fortuna (primera edición electrónica de esta importante obra de la literatura medieval española); o a Enrique Rubio Cremades, editor de los cuentos completos de Juan Valera y de los de Pedro Antonio de Alarcón en tres volúmenes. Entre los jóvenes editores tenemos, entre otros, a Sandra Álvarez Ledo, doctora de la Universidad de Vigo, editora de las Memorias de Leonor López de Córdoba y del Tratado de la predestinación de fray Martín de Córdoba; Sergio Fernández Martínez, editor de los cuentos de Eulalia Galvarriato, o a Mar Cortés Timoner, de la Universidad de Barcelona, editora de una compilación de las obras de Teresa de Cartagena.

La historia de este proyecto se remonta a principios de 2012, cuando Pablo Jauralde Pou, destacado investigador de la filología española, empezó a proyectar con uno de sus alumnos, José Calvo Tello, la creación de una colección de literatura española en formato digital que viniera a paliar el deterioro filológi-

co que había supuesto la aparición del libro electrónico en el mercado editorial. Para ello se apoyó en el grupo de alumnos que durante muchos años habían llevado a cabo otros proyectos de filología hispánica de gran importancia: el *Diccionario Filológico de Literatura Española* (publicado en tres volúmenes, Castalia, 2009-2010), la *Biblioteca de Autógrafos Españoles* (publicada en cuatro volúmenes, Calambur, 2008-2015) o el *Catálogo de Manuscritos de la Biblioteca Nacional con poesía en castellano de los siglos XVI y XVII* (siete volúmenes, Arco Libros, 1998-2008), fruto de veinte años de trabajo de su equipo de investigación en la Biblioteca Nacional —apoyados siempre por diferentes convocatorias de investigación nacional— haciendo una minuciosa búsqueda de poesía castellana de los siglos XVI y XVII en el fondo general de manuscritos. Clásicos Hispánicos surgió a la finalización de este proyecto, incluyendo en su nombre las siglas del grupo de investigación, EDOBNE (Edad de Oro en la Biblioteca Nacional de España).

En un primer momento, la colección contó con el apoyo de la Universidad Autónoma de Madrid, que firmó un contrato con la Dirección General del Libro para la impartición de un curso de ambas instituciones en la propia BNE, lo que se realizó durante dos años. En medio de todas esas actividades, Clásicos Hispánicos se convirtió en un proyecto completamente independiente. Gracias al acuerdo con una pequeña editorial digital madrileña, Musa a las 9, arrancó la edición y venta de libros, en dos formatos, epub y mobi. Entre aquellos primeros libros, podemos mencionar el *Debate de Elena y María* en edición de José Manuel Querol (Catedrático de IES, Universidad Carlos III, de Madrid), los *Triunfos de locura* de Hernán López de Yanguas, en edición de Javier Espejo Surós (Université Catholique de l'Ouest, Angers) y Julio F. Hernando (Indiana University, South Bend), o *El Buscón* de Quevedo, editado por el propio Jauralde Pou. Un año después se hizo cargo de la colección *More Than Books*, editorial creada por José Calvo en su nueva residencia en Alemania para intentar desde allí dar cobertura legal y académica a esta nueva etapa. Con el cambio llegó una página web propia y la reedición de todos los libros publicados hasta el momento con números de ISBN propios.

Tras varios años bajo el paraguas de *More Than Books*, la colección sufre una profunda transformación a partir de marzo de 2020, después de la decisión

de nuestro consejo editorial de abandonar la parte comercial y continuar con la publicación de libros abogando por las políticas de acceso abierto a la investigación (OAI), con ediciones de descarga libre y gratuita a través de nuestra página web (clasicoshispanicos.com) y con licencia Creative-Commons (Reconocimiento-No Comercial CC BY-NC). Además, tras la renuncia de Pablo Jauralde al cargo de director, el consejo decidió nombrar a uno nuevo, Carlos Fernández González, que reorganizó la colección aprovechando aquel tiempo en que toda la sociedad española se confinó para luchar contra el desconocido virus que asoló el mundo. En este periodo, las principales labores llevadas a cabo fueron el traslado de toda la colección a un repositorio seguro de acceso abierto y gratuito (Zenodo, dependiente del CERL europeo), el acuerdo de colaboración con Dialnet —la mayor base de datos de publicaciones de humanidades en español— para la difusión de los libros, un nuevo diseño para las cubiertas de los libros y la construcción de una página web —realizada por Bonzo Estudio— amoldada a la nueva política de la colección. Para culminar esta transformación se creó la asociación cultural sin ánimo de lucro Clásicos Hispánicos para asuntos legales y de representación.

Una importante novedad en esta nueva etapa ha sido la creación de la serie Crónicas Europeas de Extremo Oriente, dirigida por Javier Yagüe Bosch, doctor en Filología Hispánica y traductor (ahí está su magna traducción de los *Ensayos* de Montaigne publicados en Galaxia Gutenberg), dedicada a la publicación de textos que tengan que ver con los viajes y el conocimiento de los europeos sobre el lejano oriente. En palabras de su director: «crónicas, relatos, diarios, cartas, memoriales, informes, descripciones culturales y geográficas, compendios historiográficos y científicos, proyectos militares y diplomáticos, catecismos y planes misioneros, tratados lingüísticos y diccionarios [...] desde el último tercio del siglo XVI hasta finales del siglo XVIII, cuando la embajada británica de Macartney inaugura, en la relación de las potencias occidentales con China, una nueva fase de enfrentamiento provocado por la presión comercial. Su catálogo, que acogerá textos en castellano y en otras lenguas —estos en edición bilingüe—, intentará aportar testimonios que resulten significativos, ya sea por su interés intrínseco, ya sea por su condición inédita o escasa divulgación, ya sea por haber sido editados hace mucho tiempo o de forma no del

todo rigurosa». De momento en esta serie se han publicado ocho libros, empezando por la Relación del reino del Nipón, de Bernardino de Ávila, en edición de Noemí Martín Santo (Hampden-Sydney College, Virginia) y terminando, recientemente, por el Discurso de la navegación de Bernardino de Escalante, editado por Carmen Hsu (Universidad de Carolina del Norte). Están proyectadas y contratadas hasta cuatro nuevas ediciones, entre ellas la primera edición con base filológica de la *Relación* de Diego de Pantoja, personaje muy destacado de la historia de Valdemoro.

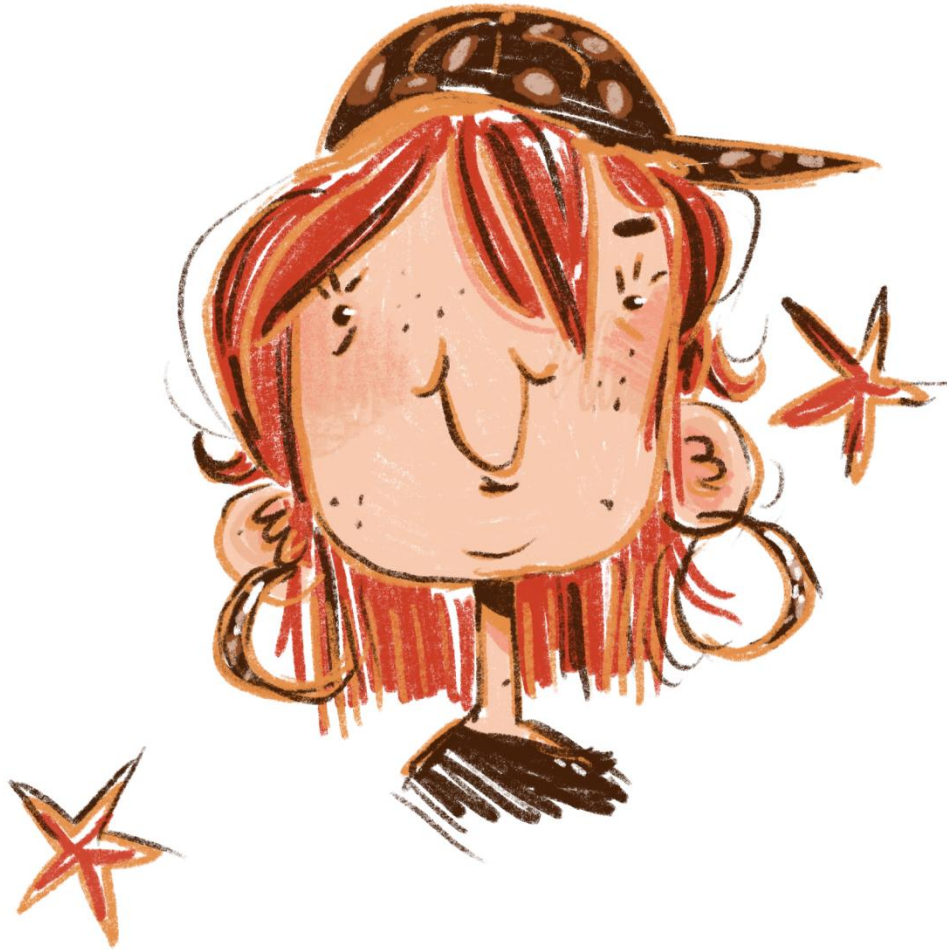
Para finalizar, otra novedad ha sido nuestro propósito de enmienda para la publicación de más literatura escrita por mujeres, y es que, entre nuestros primeros 100 libros, apenas había presencia de autoras. Para ello contactamos con dos grupos de investigación dedicados a la literatura de mujeres: Bieses y el Catálogo de Santas Vivas; y una asociación que aboga por la incorporación de la literatura escrita por mujeres a los planes curriculares en educación secundaria, El Legado de las Mujeres. Además, creamos una sección especial en nuestra web de presentación del proyecto. Aquí un extracto:

La existencia, como género, de la literatura femenina, suele generar intensos debates. Lejos de estas discusiones sí parece claro que la literatura de autoría femenina carece aún de la visibilidad y conocimiento necesarios que le permitan incorporarse a un canon literario que no debe ser ni único ni inamovible.

Basta con echar un vistazo a cualquier libro de texto o cualquier catálogo de ediciones críticas para darnos cuenta de la ausencia de obras de autoría femenina. Aunque sí, las editoriales suelen incorporar series o colecciones que reúnen literatura escrita únicamente por mujeres. Pero creemos que no se trata de crear series o colecciones aparte, sino de que los nombres de mujeres y sus obras se agreguen con naturalidad a cualquier nómina de escritores.

Fruto de las colaboraciones y de la participación de otros editores independientes ha sido la publicación de obras de Emilia Pardo Bazán, Rosalía de Castro, Concepción Arenal, Teresa de Cartagena, Inés Joyes y Blake, Eulalia Galvarriato y Clara Jara de Soto, además de la publicación de una antología de poetisas románticas. En agenda tenemos obras de María de Zayas, María Brey, María Rosa de Gálvez, Ana de Zúñiga, Rosario de Acuña, María Antonia de Jesús, Leonor López de Meneses, Marga Gil Roesset, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Juana de la Cruz (religiosa de Cubas de la Sagra) y su *Libro del conorte*.

Desconocidas, nunca más



La muerte en femenino singular

R. Kipling[♦]

En esta vida hay pocas cosas que me produzcan más placer que el sol acariciando mi rostro expuesto al gélido invierno. Sentado en mi banco preferido, antiguo, recio, no conoce la pintura desde hace décadas y, sin embargo, es mi cálido refugio en estos fríos días del año, cuando acudo a escuchar las olas eternas del mar. En mi refugio me siento intocable, nada puede derrotarme, ni los años que me acompañan desde que nací, ni los males que me atenazan y carcomen mi cuerpo, aquí soy invencible. Es una sensación de poder que solo percibo frente al mar en este viejo banco, es mi atalaya, mi Ítaca.

[♦] Historiador con la inquietud apasionada de mostrar la importancia de la Mujer a lo largo de la Historia.

El leve calor de los rayos del sol, que adormecen mi maltrecho cuerpo, es suficiente para que me inunde una paz que no recordaba desde hacía tiempo. Cierro los ojos y la sensación de tranquilidad aumenta como si no hubiera límite, solo sensaciones: calor en el rostro, frío en las manos, voces lejanas de los transeúntes y frente a mí, el murmullo de las olas imparables. Oigo pasos que se acercan, tranquilos, sosegados, sin prisa. Se detienen junto a mi banco y noto que alguien se ha sentado al otro lado. No quiero abrir los ojos, no quiero que nada disturbe la paz que siento en este momento, desconozco cuántos momentos tan intensos me quedan todavía, aunque no deben ser muchos. No puedo luchar contra mi naturaleza, siempre he sido un curioso pertinaz, un insaciable devorador de conocimiento, de búsqueda de lo nuevo, amante de los retos imposibles, y no puedo seguir evitando conocer a mi compañero de banco.

Me cuesta mucho abrir los ojos, pero los abro guiado por ese ansía de saber, de conocer, de curiosidad nunca saciada. Apenas distingo el sol que me calienta y me ciega a la vez, tampoco veo con nitidez las olas, hasta que mi castigada visión comienza a acostumbrarse de nuevo a la luz después de unos minutos de penumbra deseada. Giro la cabeza levemente para intentar alcanzar una imagen de mi compañero y descubro que se trata de una joven. Apenas puedo ver su rostro porque los cabellos lo ocultan con el movimiento del viento, pero voy percibiendo retazos de una belleza escondida que iluminan su cara.

Vuelvo a mirar hacia el mar, no quiero que se incomode, no quiero que piense que soy un viejo anticuado y sin modales. Solo quiero que se quede allí un poco más, junto a mí, como invitada en mi castillo, nada le incomodará, ni si quiera yo mismo, me doy mi palabra. No había nada que superara lo que esa mañana sentía en mi viejo banco junto al mar, y sin embargo, ella ha demostrado que las cosas siempre pueden crecer, mejorar, llevarte a lo inimaginable. Mi mente no para de preguntarse lo que debo hacer, iniciar una conversación, preguntar su nombre, estoy confuso, nervioso. La paz y tranquilidad que parecían eternas hace tan solo unos instantes, se han visto desarmadas por un rostro y un cuerpo de mujer. “Las mujeres serán tu perdición”, aventuraba mi ma-

dre cuando era joven, pero fue una de las pocas cosas en las que se equivocó, al igual que este viejo banco no recuerda ya una mano de pintura, yo no recuerdo un cuerpo de mujer desde hace más o menos el mismo tiempo.

La inquietud se va apoderando de mí a pasos agigantados, siempre he sido una persona muy resolutiva, no me daba miedo enfrentarme a nada, es más, me gustaban los retos que la vida me iba poniendo a cada paso, pero ya no soy aquél que una vez fui, ahora soy este viejo que no es capaz de intercambiar palabra alguna con una joven que el destino a puesto a su lado.

“Me llamo Rafael”, fue lo único que mi voz pudo articular. Lo hice con un tono que indicaba de todo menos decisión. Sin embargo, ella me dedicó una sonrisa que, mientras inundaba mi alma, podía escuchar como pronunciaba su nombre, “Ariadna”. Y entonces, se acabó la indecisión, la duda, y comencé a hablar como si no hubiera un mañana, a veces intentaba dejarle hablar a ella, pero no sé lo que me pasaba, era como un desahogo largamente esperado, como una terapia acertada, como un orgasmo interminable. Me sentía como un niño, feliz, dichoso, no podía creer que una mujer como ella estuviera charlando conmigo y el tiempo pasaba sin que nos diéramos cuenta.

El cálido sol parecía comenzar a rezagarse y de nuevo la inquietud asomó a mi rostro. No puedo seguir hablando sin parar, pensaré que soy un viejo majara y no tardará en levantarse y marcharse. Mis palabras comenzaron a escasear, no sabría cómo explicarlo, pero fue en ese momento cuando me di cuenta de que no se marcharía, de que se quedaría allí conmigo. Una sensación de paz infinita inundó mi cuerpo y mi alma, y esta vez nada que ver con la sensación de hacía unas horas, era mucho más intensa. Me sentía feliz, afortunado, y no paraba de mirar su rostro, de una belleza sin igual, transmitía serenidad, era prácticamente mágica. Fue entonces cuando se acercó hacia mí, y sujetando mi rostro con su mano, me besó. Sus labios calmaron mi cuerpo ansioso, dolorido, hastiado por los años. Su mano en mi cara, me llevó a recuerdos de la infancia, de la adolescencia y después, a la época en que se suponía que ya era todo un hombre. Mi vida entera pasó ante mí por efecto de su piel y de sus labios y un suave y dulce sueño comenzó a inundarme. Nunca desperté, pero no me importó, mi viejo banco fue mi última morada.

El viaje

Gilmar Simões*

Para Betty



Elizabetta Dolcezza partió de Buenos Aires a Brasília en autobús sin saber si lo que sentía era dolor o tristeza. Las más de veinticuatro horas de viaje eran como si hubiera partido hacia el fin del mundo. Debía ser resistente. La muerte es dura de aprender. Lo único que nos queda es aprender del lenguaje: morir es fácil. Son momentos complicados, de transición.

Su marido, cuando escuchó su desahogo, dijo: No te apresures. Ándate tranquila. Solo espero que sea un pasaje sin dolor ni agonía, si es que llegas a tiempo.

El autobús avanzaba por la carretera, pero ella no olvidaba que iba camino del velorio. Mientras, miraba el aumento de la neblina a cada kilómetro. A medida que afuera la luminosidad disminuía, la falta de visibilidad aumentaba su aflicción. Dentro del autobús, los ronquidos, el aliento y el olor a tabaco, a perfume barato, a flatulencias y a otras emanaciones desagradables de los

* **Gilmar Simões.** Autor hispano-brasileño. Ha estudiado sociología. Ha publicado relatos y reseñas en *Narrativas*, Revista digital; *Revista Almiar*, Margen Cero; *Letralia* y *LoQueSomos*, República de las Letras; *Minotauro*, antología de relatos breves, de Latin Heritage Foundation (Washington, EUA, 2011).

pasajeros la mantenían despierta en la oscuridad de la pampa.

Amaneció de golpe y lentamente la claridad mustia del invierno fue dejando espacios para los tímidos rayos de sol entre las nubes. Habíamos cruzado la frontera y nos movíamos por tierras brasileñas. Después de cruzar el estado de Río Grande do Sul, nos adentramos por el estado de Paraná. Había caído una helada y el paisaje verde estaba cubierto de copos de nieve. Pero la sensación de frío era mayor que en Buenos Aires. Por eso, Elizabetta se puso un jersey más grueso.

El autobús hizo la parada una hora antes de Curitiba, para ir al baño y cenar. Allí subió un joven de aspecto tímido y de carácter distraído. Los pelos pegajosos parecían de otros sudores o que acababan de asearse, pero no. Para Elizabetta mantenía oculto un turbio significado. Él se sentó en el asiento del pasillo del otro lado de Elizabetta. Vestía una sencilla camisa blanca de algodón. Hacía frío. Esbozó una leve sonrisa y le preguntó de dónde venía. Ella le contestó que era de Buenos Aires. ¿No hubiera sido mejor y más rápido el avión?, recalcó él. Tenía un acento extranjero, anglosajón. Ella se puso inquieta como si la sugerencia invadiera su intimidad. Él lo percibió y se disculpó.

—Tranquilo —le dijo. La verdad es que odio viajar en autobús. Pero los precios de los vuelos están por las nubes y la inflación rebasó los tres dígitos; así que no estamos para hacer derroches... Mientras tanto, vio que se metía una pastilla en la boca. Luego, sacó un libro de la mochila y empezó a leer. Él la miró sin entender la relación entre odio e inflación y le preguntó: ¿Y qué vas a hacer en Brasilia? Elizabetta no le respondió. Su largo mutismo parecía decirle: *Fanculo*, meteco. Sin embargo, le contestó después de un par de minutos: ¿Sabes qué, *my dear boy*, voy a resucitar a mi vieja que está moribunda? El joven la miró con extrañeza y le dijo tímidamente: *Ok, sorry*, al mismo tiempo que sacaba un blíster del bolsillo de la camisa y se tomaba otra pastilla azul. Su camisa estaba tan pegada por el sudor que había cambiado de color. Estaba colgado, definitivamente. Elizabetta percibió en su cara enfermiza una figura debilitada y frágil. Entonces él cerró los ojos y se durmió. Mientras, ella solo pensaba en cómo encontraría a su madre y en cómo tratar de dormir. Pero el móvil parpadeó, apareció un mensaje de su hermana: «Ven rápido, si no, no la oirás cantar su última canción»; y así la necesaria idea del sueño

volvió a irse. Le contestó que estaba en camino, pero el autobús iba lento. Había nevado. Cinco segundos después: « ¿Por qué no viniste de avión?» Elizabetta se alteró. « ¿Y tú me hubieras pagado el boleto?», preguntó. Ella no esperó la respuesta porque sabía que su hermana estaba peor que ella económicamente; además, se había separado y tenía dos hijos que sacar adelante.

En ese instante escuchó un ruido al lado. El joven deliraba. Decía frases incomprensibles. Tras un largo soplo, volvió a respirar con tranquilidad. Sin embargo, unos minutos después hablaba solo por el pasillo. «Sí, el fin es el lugar del que partimos, la llegada es el lugar al que volvemos». Leía en un libro sobado. Enseguida, alguien gritó: «Cállese, idiota». «Queremos dormir, imbécil.» Y otras beldades. Ella le cogió de la mano y le avisó: «Vas a tener problemas. Siéntate, y cállate.».

—Mejor sentarse y ponerse tranquilo —le aconsejó. Él, en cambio, expuso: «Es que ese Eliota no sabe lo que escribe», y pasó página. «Los vivos solo disponen del idioma que les han dejado los muertos y, como lengua de fuego, les quemará en el juicio final». Pero él siguió recitando los versos apocalípticos. El conductor encendió las luces interiores del autobús. Se había formado tremendo revuelo. Como no hubo silencio, decidió parar en el arcén.

El joven tenía un aspecto pálido y demacrado, pero no de susto sino por el desasosiego. La mayoría de los viajeros querían que se bajara allí mismo. Elizabetta se puso de su lado y dijo que era una falta de humanidad dejarlo tirado en medio de la carretera. Además de ir en contra del derecho del viajero. Pese a que uno gritó que ella no tenía idea. Al final, entre todos razonaron y acordaron esperar a la próxima ciudad. No obstante, el viaje ya no fue el mismo después del altercado; quedó marcado en el ánimo de los pasajeros hasta el final del viaje.

Unos diez kilómetros después, el conductor paró el autobús en un puesto de control policial y le sugirió que bajara voluntariamente si no llamaba a la policía. Elizabetta protestó junto al conductor, increpándole por su abrupta decisión. Mientras él sacaba la maleta del joven, ella le dijo que no tenía derecho a hacerlo, que le iba a denunciar. Y le propuso convencerlo para que se tranquilizara y que leyera en voz baja. Entonces el conductor le preguntó si quería quedarse

también con *el poeta loco*.

Hizo énfasis en «loco» de una forma tan irónica que ella pensó que tenía todas las de perder si continuaba enfrentándose a él; y más de madrugada con los policías cabreados por haber sido despertados por una tontería, como dijo uno.

Además, tenía que llegar a Brasilia mañana si no quería llegar horas después y ver el cuarto vacío. Así que dio un paso atrás. Entró detrás del conductor antes de que este cerrara la puerta.

En el asiento del joven encontró el libro *Cuatro cuartetos de T. S. Eliot*. Lo cogió y empezó a leerlo. Se detuvo en esas frases: «El fin es el lugar del que partimos». «La comunicación de los muertos posee lenguas de fuego más allá del idioma de los vivos». Se durmió pensando en cómo el joven las transformaba y reinterpretaba a su voluntad. Soñó con las frases como asociadas a su madre. La última vez que estuvo con ella, cantaba con su voz potente y melódica, a pesar del estado muy avanzado de su enfermedad. Su madre tenía una bella voz. Incluso quiso ser cantante. De hecho, participó en concursos y pruebas en alguna productora. Pero no tenía padrino ni espacio para extraños en su cama. Seguro que hubiera sido más feliz y no hubiera tenido que aguantar a su marido. Pero, en fin.

Eran altas horas de la madrugada cuando el autobús llegó con retraso a la estación. Al salir en busca de un taxi, un joven en la fila, bien vestido y peinado, hizo un gesto de saludo que ella interpretó como de agradecimiento por su defensa en el autobús. Era tan parecido que Elizabetta creía estar viendo un fantasma. Y cuando le preguntó si le habían gustado los versos. Ella miró el libro *Cuatro cuartetos* que llevaba en la mano; y, sin entender cómo había llegado hasta sus manos rumiando incertidumbre, le respondió con una sonrisa floja: Sí.

Todavía trastornada, tocó el timbre del apartamento de su madre. Miró hacia atrás para asegurarse de que no le siguió el fantasma. Entró. En el ascensor, el espejo reflejaba aún su cara de susto. Dio dos besos a su hermana y se dirigió a su habitación. Allí encontró un bulto extendido en la cama bajo la sábana azul. Su hermana la abrazó y con lágrimas en los ojos le dijo que, junto a la infección urinaria, ahora la neumonitis. El antibiótico ya no funcionaba. De repente, escucharon una voz apocada: *O partigiano, portami via / Ché mi sento di morir*. Elizabetta se acercó a la cama y cogió la mano de su madre. *Mamma, mamma, per favore*. Intentó mantener el tipo mientras se miraban en silencio, pero le fue imposible sujetar el sollozo, pues de la débil voz sonó: *Baila, baila morena, sotto*

questa luna piena. Elizabetta se atragantó y salió a la terraza a fumar un cigarrillo. El manto de luz de la luna llena se expandía sobre la ciudad iluminada mientras ella pensaba en los seis meses transcurridos desde que la vio. Tiempo suficiente para disolver su fortaleza. Pero ella siempre intentó mantener la dignidad a pesar de su estado frágil y consumido; su madre nunca perdió el ánimo y la alegría. Además de cantar las canciones de su juventud, cantaba incluso algunas modernas de sus nietas. Recuerda que también escuchaba todo tipo de música: roques, boleros, sambas, *tarantellas*, oración a San Francisco. Era muy divertida y tenía mucho sentido del humor.

Parecía que a Elizabetta el pensamiento se le había quedado empantanado en el viaje, pero no. Ella buceaba. ¿En qué? Tal vez no detectaba que, con el transcurrir del tiempo, el viaje del idioma, de las lenguas de fuego, de las canciones, del juicio final, amenizaría su regreso. Incluso pudo imaginarse los cambios que vendrían en la vida de su madre o lo que aparentaba ser una forma diferente de vida. Tenía certeza de que estaban ahí. Así que no, no podía llevarla al hospital para que la intubara. ¿Para qué prolongar la vida innecesariamente? Pero había que sortear la ley y el preconceito moral. En el edificio había un gerontólogo que las aconsejó. Sin embargo, tomar la decisión en esos momentos no era fácil. Ambas hermanas temblaban por tener que asumir la responsabilidad.

La enfermera levantó la jeringa contra la luz pálida del cuarto y le administró la morfina y el Dormonid. Eran las 4 de la mañana cuando su voz se apagó y el sonido del silencio ocupó el vacío dejado.

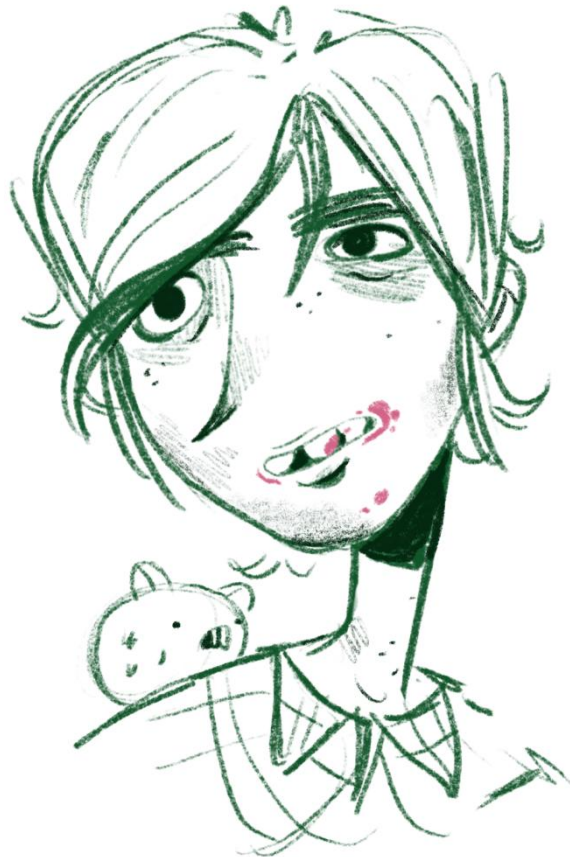
Al día siguiente envió una foto del cuarto con todo el equipo que le sirvió en las últimas horas. En el texto se lamentó: El cuarto ya no expresa dolor ni alegría.

Su marido objetó: Sí, puede expresar dolor o alegría, pues en esos aparatos de oxígeno para respirar aún hay un poco de aliento de esa vida ausente. En esa cama vacía aún hay rastros de su calor. En esas sandalias rosas aún hay huellas de sus pies. En esa almohada y esas sábanas blancas aún queda el olor de su pelo y de su cuerpo. Además, hay muchos secretos que se irán desvaneciendo en horas, días y minutos, que nadie logrará atrapar, menos esas marcas que guardará por muchos años en su memoria.

El sudor y el olor últimos se quedarán atrapados en su memoria, no como una metáfora, sino por la pérdida impactada en los sentidos.

EL HÁMSTER DORADO DE SIRIA

Manuel Hernández Andrés♦



Acabo de llegar del cementerio. ¡Pobre madre! No ha parado de llorar. Qué expresión de rabia: la cara descompuesta, los ojos enrojecidos y dilatados, los labios huecos e impotentes, hastiada de blancura.

¿Y el padre? También, ¡pobre diablo! Sólo hacía que agarrar a la mujer del brazo para mantenerla separada del níveo féretro. No ha derramado lágrima alguna, no obstante; se lo ha tragado todo. Así son los hombres: unos macho-

♦ **Manuel Hernández Andrés**, licenciado en Filología Inglesa por la UNED, ejerce de profesor de inglés en las escuelas oficiales de Madrid. Escritor y lector, ha publicado relatos en algunas revistas literarias y antologías especializadas en el cuento contemporáneo.

tes. Lo peor es que se les queda por dentro, como un cáncer, y les envenena la sangre y al final acaba con uno.

¿Y las condiciones? Lo peor han sido las condiciones: ahogadico. Al menos esto es lo que pensamos las gentes en un principio, cuando vimos a tanta Guardia Civil por el pantano y se corrió la voz de que ya habían encontrado al chiquillo. Luego resultó que no. Presentaba hematomas y no tenía los pulmones encharcados de un ahogado. Lo mataron y luego tirado al agua, ese fue el *modus operandi*. Además apareció una maleta grande, donde seguro lo habría transportado. Es así, en los pueblos se acaba sabiendo todo.

El niño: nueve añicos. Toda la vida por delante. Otra esperanza truncada. Hace apenas quince días que lo tenía en clase fingiendo ser un ratón: *I pretend I'm a little mouse*. Aún parece que lo oiga, lo veo con esa expresión de roedor en su cara, el ceño fruncido, los ojicos cerrados, los labios prietos hacia fuera como si te fuesen a dar un beso.

Mi compañera de educación física se ha acercado a su casa a darles el pésame y a estarse un rato con ellos para hacerles compañía. Yo no he querido ir. Demasiados recuerdos. Quizás vea un poco la tele o coma algo, me ha dado hambre el cementerio; total hasta mañana no hay que volver a la escuela. Hoy ha estado bien que se cancelasen las clases, así hemos ido todos al entierro. Pobrecillos, los chiquillos: llorando sin parar mientras hacían fila para depositar la rosa blanca sobre el ataúd blanco. Sus madres, igualmente, descompuestas, pero a la vez contentas, contentas de que no hubiesen sido los suyos.

Vaya que si me acuerdo de la última clase en la que estuvo él. Les escribí en la pizarra la frase que quería que se aprendiesen: *I pretend I am...* Y me puse a hacer el oso. ¡Grrrrrr! *I pretend I am a bear. I pretend I am a BIG bear. ¡Grrrrr!* Con el que más se rieron fue con el mono. Sobre todo cuando encorbaba los brazos saltando de arriba abajo y me subí hasta en la silla mientras chillaba como lo haría un simio amenazado. Luego les tocó a ellos. Todos querían hacerlo a la vez. Todos querían mostrarme lo bien que imitaban al *dog* y al *cat*, al *bird*. Hasta que llegó el ratón.

¡Qué bien lo hizo! Sin pretensiones, sin ruido, sin grandes aspavientos. *I pretend I am a little mouse... Squeeeeeeeak*. Se me hicieron agua los ojos y todo.

¡Really good, Alex! ¡Really good!

Aquella tarde me lo encontré después de clase. Iba andando por la acera de la calle de Abajo, dándole varadas a una pared de bloques. Le pregunté:

- ¿Y tus padres, Alex? ¿No vienen a buscarte?
- Yo ya soy mayor. Voy a casa solo todos los días. Mis padres están en los cochinos. No hay nadie en casa.
- ¿Y con quién comes?
- Mi madre me deja algo preparado y yo lo caliento en el microondas. O me hago un bocadillo.

La calle de Abajo estaba desierta. Los abuelos estarían rematando el postre para no hacer tarde a la partida, las madres disponiendo la comida en las mesas para sus criaturas que habían recogido en la puerta del colegio hacía ya un cuarto de hora y a los padres, a los que menos, aún les quedaban un par de horas de trabajo. A los de Alex quién sabe. Dedicándose al engorde de cerdos y a la agricultura, como se dedicaban, eran de los que no tenían horario, ni vacaciones.

- ¡Qué bien hiciste el ratoncito en clase!
- ¿Le gustó? Es mi animal favorito.
- Los ratones son animales muy agradables.
- Yo en casa tengo un hámster, ¿sabe? Se llama Golfo.

Me produjo risa oír el nombre que le había puesto al hámster y le alabé el gusto.

- ¡Qué nombre tan bonito! ¿Se lo pusiste tú?
- Sí.
- Yo también tengo uno en casa. Yo lo llamo Pelusa.

Le mentí. Quería seguirle el juego. Así tendríamos algo en común, un vínculo. No era mi intención que pensase que su hámster no me importaba.

- ¿Y cómo es? —me preguntó.
- Es un hámster dorado de Siria.
- Como el mío. El mío también es dorado. Mi prima Juanita tiene uno chino, pero es muy malo. El otro día le mordió en la mano.
- Pelusa no muerde. Él es bueno. Lo coges, te lo pones en la cabeza, en la tripa, en la cara, donde quieras, y no hace nada. Solo cosquillas.

La criatura no paraba de mirar con sus ojos brillantes cómo movía yo mis manos aparentando tener un hámster corriendo por mi cuerpo.

— ¿Me lo enseña?

¿Cómo iba a negarle el deseo al niño? No podía quitarle la ilusión; menos, siendo yo su maestro de inglés; menos aún, siendo él mi alumno favorito. Y además cómo lo dijo: con esa inocencia hecha carne, mirándome con esos ojitos marrones y moviendo esos labios tiernos, ligeramente cerrados, dibujando una sonrisa perfecta: *¿Me lo enseña?*

— Claro, Alex. Claro que te lo enseño. Y podrás jugar con él también si quieres.

— ¿Ahora?

— Bueno, sí, ahora está bien. Mira, espérame aquí mismo. No te muevas.

— Voy a por el coche que lo tengo ahí mismo y nos vamos a ver a Pelusa.

Me eché a correr para coger el Ibiza cuanto antes. Era el momento ideal. Si pasaba alguien tendría que dar explicaciones acerca de dónde llevaba a Alex, el cual vivía a apenas dos manzanas de donde yo lo recogía. Pero bueno, al fin y al cabo yo era su maestro. No iba a ser la primera vez que un niño se montara en el coche de un educador. Este pensamiento me quitó un poco el miedo.

El niño siempre lo pasaba bien conmigo y yo con él. Los otros ya apuntaban maneras, con el oficio de sus padres más presente siempre que los libros, sabiendo que irremediablemente se iban a ver un día de agricultores, de carniceros o de herreros. Alex no era así, Alex era especial. Tímido en el recreo, víctima de los *bullies*. En clase, en cambio, brillaba con luz propia. Una vez le di un caramelo al terminar las clases porque se había aprendido muy bien las partes del cuerpo: *the head, the nose, the eyes...* y la canción que las acompañaba. No paraba de decirme que me la quería repetir y qué expresión le daba, qué ímpetu con los brazos, ni la mejor instructora de aeróbic: *Head..., Shoulders, Knees and Toes, Knees and Toes...*

Lo llevé a casa. Metí el coche en la cochera para que no nos viera nadie. A quién le importa lo que uno haga. Yo sólo quería estar un rato con el niño, hacerme su amigo, verle feliz.

— ¿Y Pelusa? ¿Dónde está Pelusa?

Alex estaba ansioso por ver al hámster. ¡Qué niño! ¡Cuánto brío! A decir verdad todos tienen ese poderío que exhalan constantemente por los poros, son como las pilas de los conejitos esos que no paran de moverse. ¡Hay que ver cómo cansan! Uno se levanta fresco, bien dormido, y cuando vuelves a casa por la tarde te han exprimido como a una naranja, te han chupado toda la energía, y hasta la sangre, como vampiros.

— Está dentro, en la cocina.

Se adentró en la casa como si fuese la suya. Lo seguí. Cuando llegó a la cocina miró primero en la encimera y en la fregadera vacía, después en la mesa. Como no vio nada, siguió con los armarios bajos que estaban a su alcance. *Pelusa, ¿dónde estás? Pelusa..., Pelusa..., Pelusilla.*

— ¿Pero dónde está Pelusa? —me preguntó extendiendo los brazos y dibujando con sus labios una mueca de decepción. Qué naturalidad por Dios, era para comérselo.

¿Qué iba a decirle? Que era mentira, que Pelusa no existía, ni había existido nunca. Tuve que seguir mintiéndole.

— Se lo ha debido llevar Julia, la señora que viene a limpiar. Había que asearle la jaula, ayer la tenía muy sucia.

— ¿Y dónde vive Julia? ¿Podemos ir a su casa y recoger a Pelusa?

— No, no podemos. Vive muy lejos de aquí, en Bruzual.

Se le borró la alegría de la cara. Tuve que animarlo rápido, inventarme algo, para mantenerlo allí, conmigo.

— ¿Quieres helado de fresa?

— Vale.

Hala, ya está. Así son los niños, pasan de una cosa a otra como quien cambia de canal. Yo en cambio no era yo. No podía quitarme su carita de la cabeza.

Saqué del congelador un bote de kilo de helado de fresa con trocitos que había comprado en el Híper. Soy goloso y me priva el helado, sobre todo cuando está bien azucarado y nada ácido. Reconozco que soy laminero, pero con lo que no puedo es con lo ácido: las tartas de limón, por ejemplo, o el *Key lime pie* que hacía la señora puertorriqueña aquella en Miami donde me hospedé hace ya años, cuando aprendía inglés. Compré igualmente unas uvas de moscatel

las Navidades pasadas y las tuve que tirar. No sin decirle un par de palabras antes a la del mercado. ¡Qué sinvergüenza! Vender un producto que ella seguro no se comería, ni regaladas.

— Aquí tienes. ¿Te gusta con sirope?

— ¡Me encanta el sirope!

Los ojitos desilusionados empezaban a brillar junto con una sonrisilla que se le escapaba de la comisura de los labios. Le eché bien de sirope por encima de las dos bolas que le había puesto. Alex se abalanzó a darles un lametazo acercando su lengua de perrillo al cuenco antes siquiera de que me diese tiempo a pasarle una cuchara. Se dejó restos de helado que se le derretían por los labios haciendo un reguero hasta la barbilla.

— Alex, mírame. Deja que te limpie.

Le pasé suavemente la yema del dedo por la barbilla arrastrando los restos de helado y me los llevé a la boca. El azucarado sabor, humedecido con su saliva, me produjo un despertar en la parte de abajo. Hacía mucho que no sentía nada igual. Ni con Alicia, aquella novieta que tuve en mi adolescencia, experimenté nunca nada igual. Aún me insinuó una tarde que si no sería que me iban los hombres. Decía que no veía ella que sus besos o caricias me alterasen la sangre como a otros chicos. Pero quién se creía que era. Como su padre era veterinario de carrera, se sentía siempre con el derecho de condescender y opinar sobre los demás. Argumentaba que no era raro, que los animales también se acariciaban, aún siendo del mismo sexo. Ella lo había visto hacer a los perros que le llevaban a su padre. *Pero qué gilipollecitas dices, golfa*, le tuve ya que soltar para contarla en seco y que no siguiera. Así y allí se acabó la cosa. Ya no volvimos a salir más. Gracias que fue discreta después, si no la hubiese matado.

Me senté en el sofá junto a Alex y le ofrecí jugar a algo.

— ¿A qué?

— Espera, voy a ver qué tengo y elegimos.

Saqué del armario una vieja maleta donde guardo los juegos de mesa y demás bártulos de profesión.

— ¿Qué te parece si jugamos al *Pictionary* para niños? —le dije.

La idea le pareció estupenda. Alex era todo un artista, el mejor de la clase. Los dibujos de su diccionario ilustrado de inglés eran muy buenos para su edad, trazos precisos y finos, siempre llenos de detalle y color.

Le dejé que empezase él. El tema era 'En el zoo', me explicó. Dibujó primero algo parecido a un cuadrúpedo. Empecé a adivinar con 'león'. Movié la cabeza como que no y siguió dibujando una cola larga. Pensé en 'ciervo', pero al no verle los cuernos, y además aquella cola tan larga, se me hacía raro que fuera. Le añadió al cuerpo rayas blancas y negras. Y por fin lo adiviné. Era una cebra.

Me tocó a mí.

— La categoría es 'Partes del cuerpo'. ¿Estás preparado?

— Sí — chilló entusiasmado, y puso el tiempo.

La palabra que me había tocado era la primera de la lista, la amarilla: 'ombligo'. Primero dibujé un niño de cuerpo entero, y él dijo 'niño'. Le dije que sí pero no y seguí dibujando un punto negro en mitad de la tripita. Enseguida gritó '¡ombligo, es ombligo!'. Y entonces se quitó la camiseta y me enseñó el suyo: aquella depresión cóncava, tan limpia y tan mona.

Le pregunté que si quería más *ice-cream*. Tras su inmediata afirmación, le propuse hacer un juego. Le daba más helado con una condición: no podía usar la cuchara para comérselo, sólo los dedos o la lengua. Él accedió ilusionado.

Le puse un poco helado sobre la punta de la nariz. Sacando la lengua hacia arriba como un perrillo intentaba lamerlo pero no llegaba. Enseguida usó la mano para empujarlo. Yo le limpié con un dedo y, después, lo degusté en la boca. La cosa volvió a despertar ahí abajo y sentí un escalofrío en la espalda. Mientras Alex rogaba: *Más... Más...*

Le pedí que se tumbara y le eché otro poco sobre el ombligo.

— En tu *belly button*, Alex. *Ice-cream* en tu *belly button*.

Con sus deditos se fue llevando el helado a la boca. Me agaché y con la lengua le empecé a lamer el agujerito. Quizás fue la barba, quizás no. ¿Quién sabe? Lo cierto es que el niño se puso nervioso y me retiró la cabeza de su vientre de un empujón.

— Quiero irme a casa —dijo.

— Pero Alex, ¿no quieres más helado?

- No. Quiero irme a casa, le digo.
- Ven aquí, anda. Siéntate. Sigamos jugando.

Intenté agarrarlo de una mano, mas él de un manotazo la retiró y empezó a emitir chillidos envueltos en llanto, como los que emitiría un recién nacido hambriento al que de improvisto se le separa del pezón de la madre. ¡De dónde sacaba aquello, aquellos berridos! Me entró pavor; algún vecino podía oírle, quizás mi compañera pasase a verme. Le tapé la boca. El jodido forcejeaba, intentaba zafarse de mí y me lo apreté más. Empezó entonces a dar patadas al aire. Tiró el bote del helado, la maleta y hasta rompió un florero que había sido de mi madre. Lo giré entonces y me eché encima de él para amortiguar sus golpes contra el mullido sofá y que se callara. Mientras tanto, le hablaba al oído:

- Alex, no pasa nada. Tranquilo. Ahora te llevo a casa. Pero tienes que parar. Cálmate.

No sé si le apretujé demasiado o qué, pero llegó un momento en que dejó de moverse. Retiré la mano de su cara y me quité de encima. Ya no lloraba. Le di la vuelta y estaba colorado, como un ratoncito.

¡Pobre Alex!

Esa vez fue la última vez que lo vi antes de ayer, en el velatorio. La sala estaba repleta de gente sentada alrededor del niño rezando el rosario. El pequeño ataúd blanco tenía la tapa levantada y pude vislumbrarlo a través del cristal. Su rostro presentaba un aspecto pálido, entre morado y amarillo, tenía los ojitos cerrados y sus labios los habían maquillado de un ligero rosa que me recordó, no sé por qué, a mi helado de fresa favorito.

MADERA DE BOJ (Madeira de buxo)

Camilo José Cela (1999)

La vida de Camilo José Cela y Trulock fue tan apasionante y diversa como su obra literaria. En dos ocasiones me entrevisté con él personalmente y puedo asegurales que imponía. Imponía por su carácter e imponía por su sabiduría. Dotada su cabeza grande y poderosa seguramente de un cerebro a la medida, era capaz de desconcertar en dos segundos al más sagaz y prevenido interlocutor que osara provocarle en cualquier tipo de desafío, ya fuera coloquial o intencionado. Pero lo más curioso del ingenio del que hizo gala en una infinidad de anécdotas que animan su prolija vida pública, es la espontánea naturalidad y el desenfado con que el escritor gallego solía salir de la más engorrosa de las situaciones. Una de las más explícitas y consecuentes con esa personalidad de Don Camilo tuvo por escenario nada menos que el hemiciclo de las recién creadas Cortes Españolas de cuya Cámara Alta fue nombrado senador por designación real. Durante la celebración de una de las sesiones el presidente de la misma, Antonio Fontán, observó cómo Cela dormitaba plácidamente, al parecer, ajeno a cuanto se debatía. Haciendo golpear el mazo insistentemente, Don Antonio consiguió que el escritor recuperara los sentidos y la compostura y, dirigiéndose a él con cierta sorna, le hizo ver de su inconveniente actitud con las siguientes palabras:

- ¡Su Señoría está dormido!

A lo que Don Camilo apenas tardó un par de segundos en replicar sin inmutarse lo más mínimo con una puntualización gramatical que, aparte de provocar el asombro y la hilaridad entre senadores y público asistente a la sesión, aún permanece indeleble en la memoria de los españoles:

- ¡Se equivoca su Señoría! - replicó Don Camilo con toda naturalidad - No estaba dormido, sino durmiendo. Pues no es lo mismo estar jodido que estar jodiendo.

Mi primer encuentro personal con Camilo José Cela fue en el año 1984 cuando acudí a la villa de su propiedad en el barrio de la Bonanova en Palma de Ma-

* Creador de contenidos nato, tras dedicar una vida a la radio y a la televisión, **Miguel de los Santos** decidió dedicar otra de sus vidas a la literatura. Ha publicado un libro de ensayos vivenciales y tres novelas. Su última novela es *Flor de avispa*.

llorca para realizarle una entrevista biográfica de la serie *Álbum de Oro*, que presentaba en la SER, dedicada a grandes personajes del arte y la cultura española por la que ya habían desfilado otros muchos de la talla de Buero Vallejo, Joaquín Rodrigo, Enrique Tierno, Conchita Montes o Luis Rosales. Cinco años después, en 1989, volvíamos a encontrarnos, micrófono de por medio, en la suite del Gran Hotel de Estocolmo, horas antes de que Don Camilo recibiera el Premio Nobel de Literatura, cuya ceremonia de entrega me iba a encargar de retransmitir para España. De ambos encuentros profesionales, aún conservo la sensación de haber salido indemne. No por un efecto de empatía personal, sino porque, tengo para mí, que en ambas ocasiones el asunto que nos reunía era de carácter divulgativo y cultural, pues eran públicos y notorios los habituales desplantes con que Don Camilo solía despachar a mis colegas cuando intentaban hurgar en sus intimidades personales o familiares. Solo si se trataba de su vida presente, porque en lo referido al pasado remoto era él mismo, sin necesidad de provocación alguna, quien gustaba de relatar algunas curiosidades de su vida como haber presenciado la proclamación de la II República el 14 de abril de 1931 desde un balcón de la Academia de Aduanas que regentaba su padre; o cómo, un año después, hubo de ser internado en un sanatorio de la sierra del Guadarrama aquejado de tuberculosis; los fallidos intentos familiares para que estudiara en los Jesuitas o los Maristas para acabar en manos de un tutor particular; y, sobre todo, las glorias de un antepasado suyo llamado Juan Jacobo Fernández, que fuera beatificado por el Papa Pío XI debido al martirio que sufriera en la masacre de cristianos acaecida entre el 9 y 11 de julio de 1860 en la ciudad de Damasco. Quede claro, por tanto, que para entender debidamente la formidable obra literaria de Camilo José Cela, nada mejor que conocer algunos rasgos de su personalidad y de su vida. Dicho y hecho.

Para la mayoría de los mortales hablar de Cela es hablar de *La familia de Pascual Duarte* y de *La colmena*. Con estas dos obras de corte social y costumbrismo abre y cierra la fabulosa primera década de una producción literaria que se prolongará hasta su muerte, ocurrida en Madrid el 17 de enero de 2002. En términos reales y absolutos, conviene decir que Cela publicó 61 libros en 60 años de actividad literaria pero que le hubiera bastado aquella primera década comprendida entre 1942 (*La familia de Pascual Duarte*) y 1950 (*La colmena*) para pasar a la historia como uno de los escritores españoles más brillantes del siglo XX. No fue así porque, de serlo, no hubiera quizás alcanzado la gloria de los tres grandes premios de la literatura en castellano: El Príncipe de Asturias (1987), Nobel (1989)

y Cervantes (1995). Curiosa la cronología delatora del tardío reconocimiento del escritor por su propio país, al no serle concedido el premio de las letras castellanas hasta seis años después de recibir el Nobel. Así todo, tras los dos títulos aludidos, esa que podríamos denominar “la década prodigiosa de Cela”, se completa con otros dos que, a mi entender, alcanzaron un más que significativo reconocimiento popular: *Pabellón de reposo* (1943), donde el escritor mira por el retrovisor de su memoria para revivir sus experiencias de interno en el sanatorio antituberculoso del Guadarrama, y *Viaje a la Alcarria* (1948) delicioso relato itinerante por los pueblos alcarreños, donde Cela exhibe esa literatura tan genuina suya con frases como «La Alcarria es un hermoso país al que la gente no le da la gana ir». Sí, a Cela le bastó una década para demostrar quién era. Luego vendrían *Del Miño al Bidasoa*, *San Camilo 1936* y *Mazurca para dos muertos* como títulos más carismáticos de su sello, junto a una serie de cuentos y relatos para culminar su vida, literal y literaria, con *Madera de boj*, publicada en 2019, dos años antes de su muerte. La que hoy les recomiendo. Porque tengo para mí que don Camilo se impuso terminar la faena como la empezó: saliendo por la puerta grande. Porque es que, además, en ella se vería culminada su formidable trilogía de novelas gallegas, retrato completo y colorista de su tierra amada, que inició con la publicación de *Mazurca para dos muertos* en 1984 sobre la Galicia interior y rural, seguida por *La Cruz de San Andrés* en 1994 sobre la Galicia urbana y que se culminaría con esta *Madera de boj*, seguramente la más sentida y la más apropiada a su naturaleza y origen. Una novela que es todo un poema en el que se funden el canto épico y la narración lírica durante una supuesta travesía por la llamada Costa da Morte hasta llegar a Noia que el escritor define como «una de las más hermosas villas de Occidente» y muy cerca de su Iria Flavia natal, donde se cuenta la historia de una familia, la suya propia, cuyos miembros viven y mueren obsesionados con una tarea imposible: «levantar una casa con las vigas de madera de boj». Y, al mismo tiempo, la historia de todo un pueblo, gentes de mar acostumbradas a convivir con las brujas y la Santa Compañía, con las sirenas y los hombres lobo, con las galernas y los naufragios. Y es el ritmo de la mar el que marca el ritmo del relato, con piezas magistrales como esta: «El ritmo de la mar no va y viene como piensa Floro Cedeira, el pastor de vacas, sino que viene siempre, zas, zas, zas, zas, zas, desde el principio hasta el fin del mundo y sus miserias». Es por todo ello y más por cuanto *Madera de boj* es uno de los libros de mi vida.

EL CUENTO DE TERROR: ENTRE LO FANTÁSTICO Y EL MIEDO

Felipe Díaz Pardo



UN INTENTO DE DEFINICIÓN DEL CUENTO DE TERROR

Según dice Bioy Casares en el prólogo a la *Antología de la literatura fantástica* de 1940: “Viejas como el miedo, las ficciones fantásticas son anteriores a las letras”. Propone así un origen mítico de la literatura fantástica, donde incluimos los cuentos de miedo. No obstante, según algunos críticos, como Fernando Valls en el prólogo de *Cuentos de terror*, editado por Grijalbo, en 1989, en España nunca ha habido una verdadera tradición de literatura de terror. Tal vez, el realismo, esa característica tan propia siempre de la literatura española ha llevado con demasiada frecuencia al olvido de este tipo género o subgénero

en la historia literaria. Tendremos que poner la vista en autores extranjeros como H. P. Lovecraft, B. Stoker, Allan Poe, Mary Shelley y otros más actuales como Stephen King, Peter Straub, Clive Barker, por citar unos nombres, para poder disfrutar de este tipo de literatura.

Los cuentos fantásticos de misterio, de miedo, de terror, de fantasmas, etc., en realidad son diferentes variantes o ramas de un género que en inglés recibe diversas denominaciones –*ghost story*, entre otras–, pero que los anglosajones suelen agrupar bajo el término genérico de *supernatural story*. En este género –de gran aceptación entre el público juvenil– aparecen fantasmas, espectros, espíritus benéficos y maléficos, magia, talismanes, poderes supranormales, percepción extrasensorial, lo numinoso, etc., y en prosa tiene sus antecedentes en los cuentos de hadas de los hermanos Grimm y en los de Perrault. Pero, en el siglo XVIII, confluye con la novela gótica (Daniel Defoe, Mary Shelley, E.T.A. Hoffmann y, sobre todo, Edgar Allan Poe y sus seguidores), en el siglo XIX, y da lugar al género de terror o fantástico tal como lo conocemos actualmente. Este tipo de ficción se manifiesta lo mismo en forma de cuento como de novela corta o novela larga.

Las historias de terror, en concreto, suelen contener hechos sangrientos, fantasmas, monstruos y, por lo general, cierto suspense antes de comenzar con los sobresaltos. En su origen, el género fue, en parte, una reacción contra el racionalismo del siglo XVIII. No todos intentaban comprenderlo todo, y el afán de misterios distintos a los presentados por la religión establecida ayudó a inspirar a la novela gótica, a la que antes nos referíamos, precursora de la historia de terror.

La primera novela gótica fue *El castillo de Otranto* (1764) a la que le siguieron otras, cuyo éxito provocó el desarrollo de la *roman noir* (novela negra) en Francia y el *Schauerroman* (novela de terror) en Alemania. En Inglaterra, lo gótico inspiró el horror del *Frankenstein* de la mencionada Shelley, en la que un científico usurpa el papel de Dios y crea un monstruo terrible. Más tarde, *Drácula*, de Bram Stoker, se convertiría en otro hito del mismo género. Edgar Allan Poe, con sus inquietantes relatos influiría de obras posteriores del mismo género. A finales del siglo XX y principios del XXI, el maestro de terror fue Stephen King. Últimamente, podemos leer en España la historia de la saga

Blackwater, del norteamericano Michel Mcdowell, publicada por primera vez en 1983. En ella, la intriga, lo inexplicable y lo terrorífico se mezclan con el mundo real. Para las seis entregas que la forman, el autor eligió el folletín como medio de difusión más popular.

En una primera definición de la literatura de terror, diremos que esta se caracteriza por dos elementos necesarios: por un lado, el efecto que produce en el lector; y por otro, la atmósfera de miedo y horror que lograr sugerir. En un lugar secundario dejamos la preocupación por el lenguaje y la estructura narrativa, dado a que, tal vez, el tema y los efectos interesan más que la estética. Sería el citado H. P. Lovecraft quien relaciona lo fantástico con el terror poniendo por medio la psicología del lector, cuando en *Supernatural Horror in Literature* (1945), dice lo siguiente: “Un cuento es fantástico simplemente si el lector experimenta en forma profunda un sentimiento de temor y terror, la presencia de mundos y de poderes insólitos”. Ante un mismo cuento unos lectores se asustan, se angustian; otros se regocijan, se ríen. Por tanto, la emoción que produzca esa historia no se encuentra en quien la lee, sino dentro del cuento. Dentro del cuento es donde ocurren las cosas. Será allí donde el narrador se sobresalte o no ante los hechos sobrenaturales, extraños, abominables o asesinos que en él aparezcan.

El terror o el miedo aparece cuando la realidad cotidiana se ve alterada por la aparición de un factor sobrenatural. No obstante, el término fantástico, en donde habitan la mayoría de los cuentos de terror, exige matizaciones dependiendo de cada autor. No es igual lo fantástico en Kafka, que, en Borges, en Edgar Allan Poe o en Tolkien, por ejemplo. En un intento aglutinador, podía considerarse fantástico a todo aquello que supone una ruptura del orden conocido, la irrupción en el relato de algo que es inadmisible de acuerdo con las leyes cotidianas.

En sus comienzos, la técnica de la narración fantástica era sencilla. Para causar miedo, para hablar de lo desconocido, basta describir una atmósfera lúgubre o inquietante (un castillo, mansión o bosque tenebroso) y acompañar al protagonista en sus encuentros con lo desconocido o un mundo diferente al que habitamos racionalmente. Las exclamaciones (¡Horror!, ¡Espanto!, ¡Cuál no sería mi sorpresa!) servían para reemplazar el esfuerzo del lector para sentir

miedo únicamente por el ambiente, por la anécdota o el desenlace. Será con la citada novela gótica cuando se intensifiquen los detalles tormentosos y hasta grotescos, con las excepciones de los títulos antes nombrados. Sera Lovecraft quien, a principios del siglo XX, inaugure un nuevo estilo de cuento fantástico, al sacar el horror de sus ambientes habituales (noche, tormenta, etc.) y mostrarlo al aire libre y a la luz del sol. Kafka incorporará la alegoría a sus relatos: la música, los estados de felicidad, la mitología, ciertos crepúsculos y lugares.

Por lo que respecta al lector de cuentos de terror, este no necesita catarsis o moraleja alguna. Únicamente busca el disfrute que surge del miedo. A este respecto cabe señalar que el efecto o el desenlace del cuento de terror ha de contribuir a que el aficionado al género, con un final sorpresivo, quede satisfecho, o que con un final sugerido y en suspenso, se sienta inquieto al llegar al punto final de la historia. Para Lovecraft, como hemos apuntado más arriba, el criterio de lo fantástico no se sitúa en la obra, sino en la experiencia particular del lector, y esta experiencia debe ser el miedo. Según este autor, “un cuento es fantástico simplemente si el lector experimenta en forma profunda un sentimiento de temor y terror, la presencia de mundo y potencias insólitos”.

El género vive hoy más de la tradición que de la actualidad y se encuentra difusamente instalado entre lo fantástico, lo misterioso y la ciencia-ficción, si no desaparece antes teniendo en cuenta que tanto lo terrorífico como lo fantástico lo encontramos ya en la vida cotidiana. Basta con conectar la radio o la televisión, leer la prensa o navegar por las redes sociales para constatar tal afirmación.

EL CUENTO FANTÁSTICO Y DE TERROR EN ESPAÑA

A pesar de lo dicho anteriormente y centrándonos en el cuento de terror que, como decimos, se asimila o se relaciona en muchas ocasiones con el relato fantástico y, en concreto, en nuestra lengua, nos encontramos con otros estudios del género como José Luis Martín Nogales, quien, en su artículo “Evolución del cuento fantástico español”, publicado por la revista *Lucanor* en 1997, afirma que esta literatura se encuentra en el cuento español desde sus primeras manifestaciones.

Aunque el ingrediente del misterio, lo maravilloso, lo extraordinario se encuentra ya en la literatura medieval y renacentista, a través de elementos mito-

lógicos o folclóricos, será en el Romanticismo cuando lo fantástico adquiera una relevancia especial. La literatura fantástica dio paso en sus páginas a la demencia, al delirio, a la locura, a la hechicería. Todo ello, favorecido por la propagación en España de ciencias esotéricas y de filosofías espiritistas a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

A partir del Romanticismo se desarrolló un concepto del cuento fantástico basado en los sentimientos que provoca el relato en el lector: miedo, inquietud, desasosiego ante la ruptura de las leyes de la realidad. Los cuentos trataban de narrar la irrupción de lo inexplicable en los espacios cotidianos. Así, por ejemplo, la obra publicada en 1831 en doce tomos, de Agustín Pérez Zaragoza, titulada *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*, se presentaba como una “colección curiosa e instructiva de sucesos trágicos para producir las fuertes emociones del terror”. En ella se acumulaban, según se anuncia al lector, “prodigios, acontecimientos maravillosos, fenómenos terribles, crímenes históricos y fabulosos, cadáveres ambulantes, cabezas ensangrentadas, venganzas atroces, casos sorprendentes”.

Serán los románticos, con su gusto por la mezcla de lo real y lo irreal y, en concreto, Bécquer, quien, con sus *Leyendas*, nos lleven por ese mundo de lo macabro. Será en la segunda mitad del siglo XIX donde los cuentos se llenen de personajes alucinados, trastornados, enloquecidos y en donde autores del Realismo se incorporaron a este tipo de cuentos, como Galdós, Silverio Lanza, Fernán Caballero, Valera, de Alarcón, Pardo Bazán o Clarín, quienes manifiestan la heterogénea concepción a que llega el género fantástico. No obstante, en España el género no alcanzó el apogeo y difusión que tuvo en otros países como Estados Unidos, Alemania o Francia, de la mano de escritores como los citados Edgar Allan Poe y Hoffmann o Maupassant, quienes fueron publicándose en nuestro país a lo largo de dicho siglo.

En el siglo XX los límites del género se amplían y es posible encontrar relatos de apariciones fantasmales, historias espiritistas, intervenciones diabólicas, narraciones de brujería, crímenes espantosos, inexplicables comportamientos humanos y misteriosas situaciones en las que lo sobrenatural irrumpe en la realidad. Así, por citar a algún escritor, Antonio de Hoyos y Vinent, autor deca-

dentista, se muestra atraído por temas espiritistas, por narraciones de fantasmas y sucesos macabros. Sus relatos inclinan lo fantástico hacia lo terrorífico.

Tras la guerra civil, el cuento fantásticos con tintes terroríficos lo encontramos en Rafael Dieste quien en sus libros (*De los archivos del trasgo* e *Historias e invenciones de Félix Muriel*, mezclan lo real y lo sobrenatural, lo poético con lo terrorífico o el humor con el misterio. Álvaro Cunqueiro, desde Galicia mezcla realidad y ensueño y crea atmósferas espectrales con *Las crónicas del sochantre* y nos transporta a lugares bizantinos y orientales y a la época del rey Arturo y a la Galicia celta.

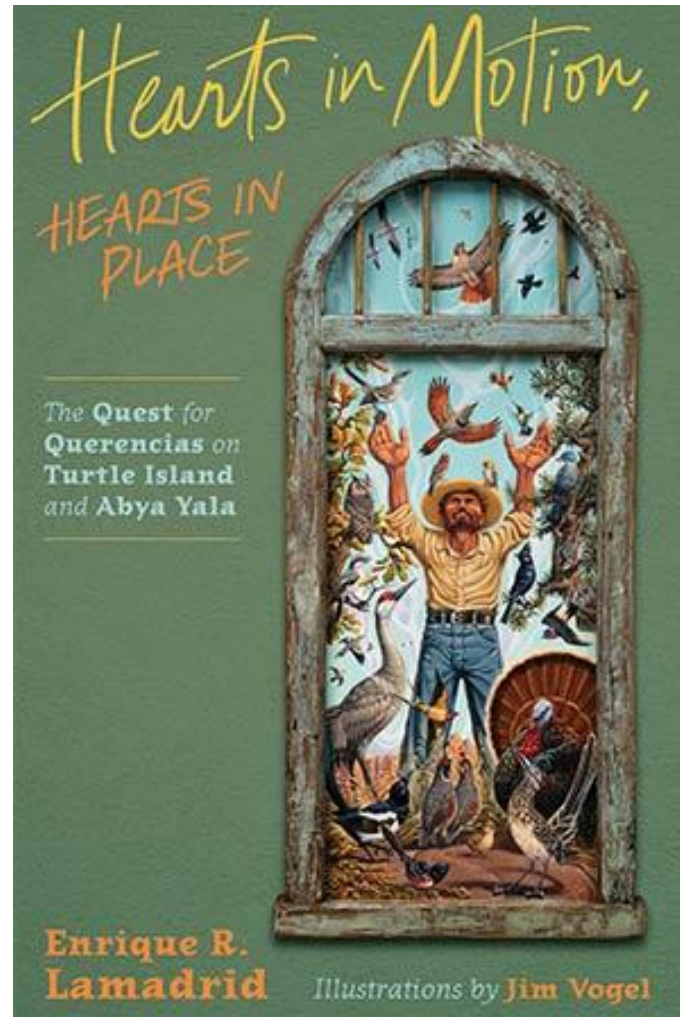
En definitiva, la vitalidad del cuento fantástico, en sus diversas concepciones, es uno de los rasgos más significativos del cuento español de las últimas décadas del siglo XX. Destacamos de este periodo a Cristina Fernández Cubas quien, con sus relatos que surgen de una situación cotidiana, no lleva hacia algo extraño e inexplicable que desencadena cierto terror.

En los autores del siglo pasado, que no citamos para no hacer excesivamente extensas y prolijas estas páginas, el concepto y el objetivo de lo fantástico tampoco es homogéneo. Entre otros fines buscan provocar el terror estético y el asombro; o emplear la literatura como método de conocimiento e indagación en las zonas misteriosas de la vida. Lo fantástico se emplea, por tanto, al servicio de intenciones diversas y una de ellas es el horror, sentimiento que es el que ahora nos ocupa.

En los últimos años, los motivos para lo fantástico también son muy diversos: el doble, la metamorfosis, los espectros, la vida de ultratumba, objetos que cobran vida, naturaleza animada, ruptura de las leyes temporales y espaciales, etc. Como el género exige, siempre se parte de lo cotidiano y del mundo reconocible para llevar al lector a la esfera de lo inquietante, desconocido, insólito o inexplicable, a través del desembarco en mundos extraños, paralelos, enigmáticos o irreales, donde desaparecen los límites entre la realidad y la ficción, el sueño y la vigilia, lo normal y lo monstruoso, la lógica y el desvarío. Y todo ello con distintas funcionalidades, entre las cuales se encuentran: romper con la fuerza de la costumbre, presentar imágenes que impacten en el lector o ayudar a imaginar posibilidades que trascienden el mundo material y la realidad cotidiana.

CORAZONES EN MOVIMIENTO, CORAZONES EN SU SITIO

Fernando Martín Pescador



Hearts in Motion, Hearts in Place – The Quest of Querencias on Turtle Island and Abya Yala, de Enrique R. Lamadrid, Casa Urraca Press, 2025.

Hay libros en los que el autor nos lleva a su país de las maravillas. Se viste con su traje de conejo blanco y convierte a los lectores en la pequeña Alicia. Es el caso del libro *Hearts in Motion, Hearts in Place* del folklorista Enrique Lamadrid. La *querencia* es el agujero de entrada por donde el autor nos precipita a los distintos vericuetos de su cerebro, para acabar el recorrido en los ventrículos y las aurículas de su corazón. La *querencia* es uno de los conceptos favoritos de Enrique Lamadrid. No es casualidad que Enrique sea el editor de la colección *Querencia Series*, de la editorial *UNM Press* (Universidad de Nuevo México). «La *querencia*», comienza el libro, «es la cartografía de las tierras y

las gentes que amamos, los corazones en su sitio. Es la búsqueda, el camino migratorio y de peregrinaje, de una tierra a la que podamos llamar hogar, los corazones en movimiento.» La *querencia* es el apego a una tierra, a sus gentes y a sus paisajes. A sus cielos, a su fauna y a su flora. Al agua que les da vida.

Ni es casual que Lamadrid muestre tal fascinación por este concepto y por este término del español nuevomexicano con el que los habitantes de la *tierra del encanto* (así denominan a Nuevo México) contaminan y salpican su discurso en inglés: «*Querencia* is the cartography of beloved lands and peoples...» En el libro confiesa que su familia llevaba cuatro generaciones buscando asilo (tuvieron que huir de España cuando esta mandaba a sus jóvenes a morir a sus últimas colonias; tuvieron que huir de Cuba y de la Revolución Mexicana). En Nuevo México encontraron los Lamadrid una tierra de la que ya no han tenido que huir. Los Lamadrid llevaban cuatro generaciones buscando un hogar y lo encontraron en Nuevo México.

No es casual, tampoco, que Enrique centre su discurso en el territorio nuevomexicano. Estamos hablando de una tierra muy especial. Las 19 tribus de los indios pueblo se repartían Nuevo México con los apaches y los navajos cuando llegaron los españoles. Formó parte de la nación mexicana durante 27 años y luego fue anexionado a los Estados Unidos. Cada uno de esos pueblos ha mostrado esa *querencia* por el territorio y han bautizado sus ríos y sus montañas con palabras en sus propios idiomas. Enrique repasa la toponimia que sobrevive en muchas de esas lenguas.

Pero gran parte del libro habla de los pájaros de Nuevo México. Las aves, dice Lamadrid tienen autoridad celestial. Enrique habla de algunas de las aves del estado. Dedicar un poema a la pureza de la paloma, otro al sacrificio del pelícano, un tercero a la piedad de las golondrinas, un cuarto al mal fario del búho, un quinto a las funciones de los colibríes, un sexto a las labores de la urraca piñonera, un séptimo al graznido de la urraca, un octavo a las enseñanzas del cuervo y un noveno al don de lenguas del capulinero. Las aves muestran *querencia* por la tierra, corazones en su sitio, y por los cielos, corazones en movimiento.

No hay poema para el ave del estado, el correcaminos. Sin embargo, Jim Vogel, el ilustrador del libro adorna la página de la dedicatoria de Enrique La-

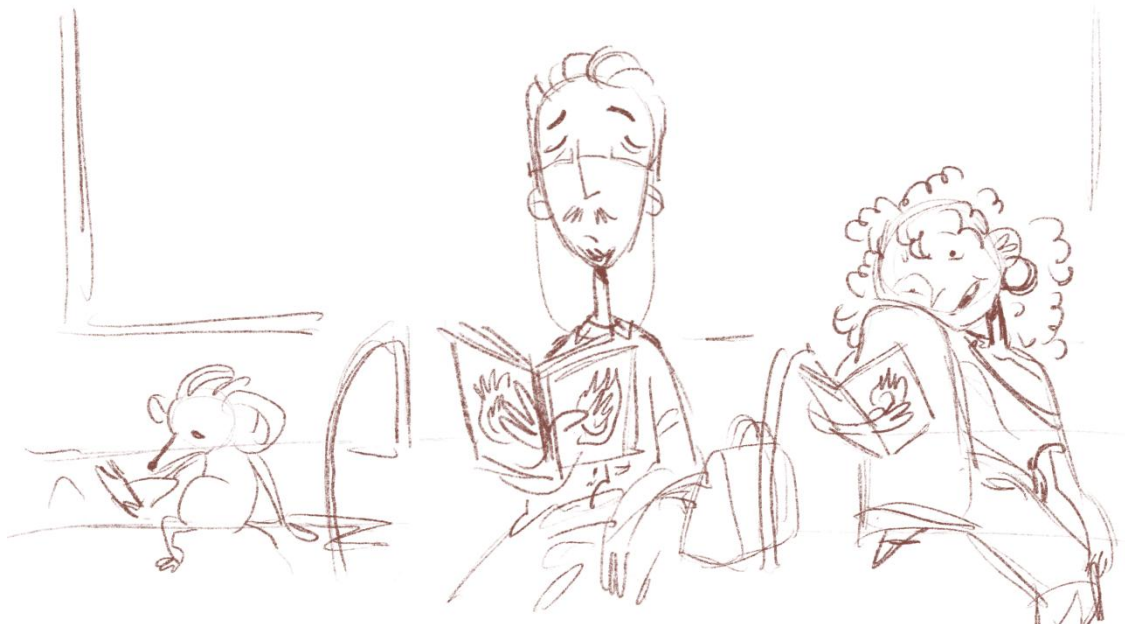
madrid a sus paisanos con un hermoso correccaminos. El libro, el país de las maravillas del autor, se ha convertido, sin decir ni pío, en un aviario. Y aquí comienzan las coincidencias (seguro que a Enrique no se le han pasado por alto): La editorial encargada de la publicación del libro es Casa Urraca Press. Urraca. «Vogel,» el apellido del artista que ha ilustrado hermosamente el libro significa pájaro en alemán. Lo que, tal vez, no perdona nunca a Enrique es que no le haya dedicado un poema al martín pescador que puebla las orillas del río Grande todas las primaveras.



INFORME SOBRE LOS BEST-SELLERS

José Ramón Guillem García

www.joseguillem.com



Esta semana he recibido una notificación del Ministerio de Consumo Cultural. El asunto decía: «Recordatorio de Lectura Obligatoria: Bestseller pendiente de acreditación». No recordaba haber solicitado nada, pero según el documento, mi expediente lector presenta «lagunas graves en narrativa contemporánea de gran difusión». En concreto, figuran como no leídos tres títulos que cualquier ciudadano alfabetizado debería conocer: *Cónclave*, *El código Da Vinci* y *Para bailar no hay que ser dos*.

He intentado explicar que mi cultura literaria se orienta hacia otras corrientes, más existenciales, más densas, con más polvo y menos portadas brillantes. Pero el funcionario al otro lado del mostrador, un hombre con bigote disciplinario y gafa pasta, me respondió que no importaba. «La excelencia cultural, señor, no consiste en leer lo que le gusta, sino en leer lo que le corresponde.»

Firmé el documento.

No tenía alternativa.

Me asignaron un programa de rehabilitación literaria. Cada semana debo leer un *bestseller* y completar un formulario de comprensión estética, donde se me pide que resuma el argumento «sin ironía» y que evalúe la obra «sin superioridad moral». En la pregunta tres, hay un apartado especialmente inquietante: «¿Ha sentido usted placer culpable durante la lectura?».

El martes, por ejemplo, me tocó *Cincuenta sombras de Grey*. No sabría decir si fue una experiencia literaria o un simulacro de burocracia erótica. Lo leí en el metro, ocultando la portada con una carta de amor del banco. En el vagón, todos fingían no mirar, pero había un silencio cómplice, un reconocimiento secreto por lo que tenía en las manos.

A veces pienso que los *bestsellers* son como las cookies de internet: uno nunca las acepta de verdad, solo las tolera para seguir navegando.

En el trabajo, mis compañeros discuten sobre novelas que claramente no han leído. Es un deporte nacional: citar títulos que suenan familiares y autores que suenan vivos. «A mí me encantó *Memorias de una Geisha*», dice uno, y otro asiente con la gravedad de un académico, sin recordar que lo único que sabe de Arthur Golden es que tiene *Twitter*. Todos participamos en esa mascarada: una civilización entera fingiendo haber leído el mismo libro, como si la cultura fuera un examen sorpresa.

El jueves, una colega me confesó en voz baja que lee *best-sellers* antes de dormir «para descansar del pensamiento crítico». Me pareció un acto revolucionario. En un mundo donde la lucidez se cotiza tan cara, la evasión debería considerarse patrimonio inmaterial de la humanidad.

Sin embargo, hay algo trágico en todo esto. La literatura de consumo rápido nos ofrece lo mismo que los trámites administrativos: la ilusión de control. Un inicio claro, un desarrollo lineal, un final que encaja. Ninguna ambigüedad, ninguna pregunta sin respuesta. Leer un *bestseller* es rellenar un formulario emocional: casilla de amor, casilla de culpa, casilla de redención.

Todo aprobado.

El problema es que después de tanto formulario, uno olvida cómo pensar sin estructura.

El domingo acudí a una tertulia cultural organizada por la biblioteca municipal de mi antiguo barrio, en Aluche.

Tema del día: El impacto social del thriller contemporáneo. El moderador nos pidió sinceridad. «¿Quién ha leído realmente *El código Da Vinci*?». Silencio. Doce asistentes, doce evasivas. Nadie levantó la mano. Pero bastó con escuchar los comentarios para entender que todos lo habían hecho. O al menos lo

suficiente para opinar con desprecio, que es una forma muy eficiente de reconocimiento.

En un momento dado, una mujer con aire de profesora jubilada dijo: «Los *bestsellers* son la comida rápida del alma». Aplausos. Pero pensé que no era cierto. La comida rápida sacia y engorda; los *bestsellers* solo entretienen y vacían, lo cual es distinto. Son digestivos del espíritu: no alimentan, pero alivian.

Lo inquietante no es que existan, sino que necesitemos fingir que no los consumimos. Nadie confiesa haber llorado con *La sombra del viento* o haber sentido emoción genuina en *Los pilares de la Tierra*. Es como admitir que uno come pan blanco o ve *reality shows*: placeres de baja resolución cultural. Y sin embargo, los *bestsellers* están ahí, vendiendo millones, traducidos a treinta idiomas, con adaptaciones cinematográficas que todos critican pero todos han visto.

A veces imagino que la cultura contemporánea funciona como un gran ministerio invisible. En una oficina sin ventanas, un comité decide qué emociones deben sentir las masas este año. «Que lloren un poco, pero con esperanza», dirá uno. «Y que haya un giro final», añadirá otro, mientras sella con un tampón rojo una carpeta titulada *Novela universalmente legible*.

Nosotros, los lectores obedientes, pasamos por caja y por página con la misma docilidad con que aceptamos una nueva política de privacidad. Luego, al salir del metro, afirmamos con aire intelectual: «Yo solo leo clásicos».

El lunes volveré al Ministerio para entregar mi formulario semanal. En el apartado de observaciones escribiré: «He cumplido con mi lectura. Me ha parecido entretenida. No he sentido placer culpable, sino una culpa perfectamente reglamentaria». Tal vez me den el alta pronto. Tal vez me asignen un libro de tapas duras, algo que parezca más... respetable.

Y sin embargo, en secreto, me he sorprendido pensando en la próxima lectura de evasión. Algo con asesinatos, giros imposibles y personajes que se enamoran porque el guion lo exige. Quizá ahí resida el encanto: en la obediencia tranquila de saber que todo terminará como debe.

La literatura sería promete trascendencia; el *bestseller*, descanso. A estas alturas, no sé cuál de las dos ofertas me parece más sospechosa.

Después de todo, leer también es una forma de rendirse.

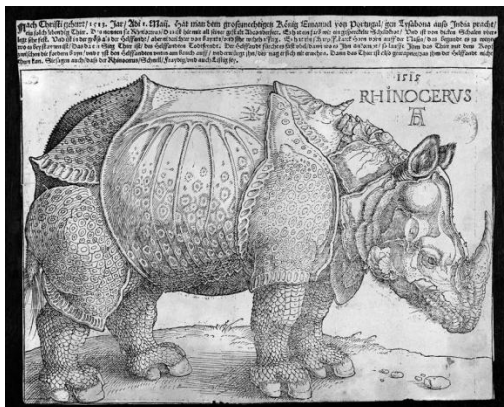
ABADA

Juan José Jurado Soto

Abada es una palabra en desuso que proviene del portugués, el cual la tomó del malayo *badaq*. Está registrada en el Diccionario de la *Real Academia Española* como nombre femenino con el significado de “rinoceronte”.

En el siglo XVI surgió en Europa una fascinación por este gigantesco animal procedente de tierras lejanas, que ya era conocido por aparecer en algunos bestiarios medievales junto a criaturas míticas como el unicornio. A principios de dicho siglo, el sultán indio Muzaffar II regaló al rey de Portugal Manuel I un enorme rinoceronte, de aproximadamente una tonelada y media de peso.

La llegada del rinoceronte generó una enorme expectación entre la población, ya que un animal de ese tipo era prácticamente desconocido en Europa. Tras enfrentarlo a un elefante y no cumplir con lo esperado, el rey de Portugal lo regaló al Papa León X. Pero, durante el viaje, el barco que lo transportaba naufragó, y el rinoceronte, que estaba encadenado, murió ahogado. El cadáver fue recuperado y enviado a Lisboa para disecarlo, desde donde volvió al Vaticano. La historia de este animal, conocido como *Ganda*, dio mucho que hablar, incluso algunos artistas lo plasmaron en sus obras. El artista alemán Alberto Durero se interesó por todo lo acontecido con *Ganda*, plasmándolo en su famoso grabado del rinoceronte. Curiosamente, a pesar de la gran semejanza que presenta la obra con la realidad, Durero nunca vio al rinoceronte en persona. Esta fascinante historia ha sido recogida en diversas ocasiones en obras literarias.



Rhinoceros, grabado del siglo XVI de Alberto Durero (1471-1528).

Biblioteca Nacional. Licencia CC BY 4.0. <https://bne.digital.bne.es/bd/card?oid=0000035858&site=bdh>

También en el siglo XVI, el rey Felipe II recibió en España un rinoceronte hembra —conocido en aquella época como *abada*— enviado por el gobernador de Java. El animal causó gran impresión en la corte y en la ciudad de Madrid. Al parecer, tras su llegada, el monarca cedió el rinoceronte a un monasterio próximo a la actual Puerta del Sol. Otros apuntan que fue exhibido públicamente en un corral de esa zona, donde cientos de madrileños acudieron para ver a tan desconocido y sorprendente animal. No se sabe con certeza si se trataba de este ejemplar o uno distinto de la misma especie, perteneciente a un grupo de saltimbanquis portugueses que se asentó en el mismo lugar un siglo después, el que dejó una curiosa historia tras de sí. Se cuenta que cierto día, un joven que trabajaba en un horno cercano, le dio de comer un mollete que abrasaba, quizá para molestarle o como una tonta broma. Tan caliente estaba el pan que quemó el estómago del animal que, enfurecido, comenzó a golpear todo lo que encontraba a su paso, acabando con la vida del insensato muchacho. El rinoceronte logró escapar y huyó despavorido por las calles de Madrid. Los madrileños, aterrados, salieron en su búsqueda y lo encontraron al día siguiente en tierras de Vicálvaro.

También hay quienes defienden que el final de la historia de este animal fue más trágico que lo narrado hasta ahora. En aquella época, algunos potentados mostraban un gran interés por el cuerno del rinoceronte, dadas las presuntas cualidades afrodisíacas que se le atribuían. Así, alguno de ellos, envenenó al animal para cortarle el deseado cuerno. Tras todo lo acontecido, se vendía en Madrid y otros lugares de España y Europa polvos obtenidos del apreciado apéndice, así como anillos fabricados con el mismo material.

En recuerdo de aquella legendaria y triste historia, y del lugar donde se considera se desarrolló, en Madrid se encuentra la *calle de la Abada*. Una céntrica calle que ya aparece con ese nombre en planos del siglo XVII.



Placa cerámica firmada por Alberto Ruíz de Luna de la **Calle de la Abada** de Madrid.

Imagen Luis García (Wikipedia), licencia:

CC BY-SA 4.0 ([https://es.wikipedia.org/wiki/Calle_de_la_Abada#/media/Archivo:Calle_de_la_Abada_\(Madrid\)_01.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Calle_de_la_Abada#/media/Archivo:Calle_de_la_Abada_(Madrid)_01.jpg))

Después de Durero, el animal fue dibujado y descrito por diferentes autores y artistas, como Juan de Arphe, que lo plasma en su libro *Varia Commesuration para la escultura y arquitectura*, a finales del siglo XVI: “Es el Rinoceronte animal fiero, cuerpo grande, y de conchas guarnecido, tan recias, que resisten al acero, de suerte que no puede ser herido: un cuerno en la nariz, ancho, y somero, con que ofende, y también es defendido; nada, y corre veloz, y sueltamente, nace este animal en el Oriente.”

El 22 de septiembre se celebra el *Día Mundial del Rinoceronte*, una jornada dedicada a generar conciencia sobre la conservación de uno de los animales más amenazados del planeta. Un día para conocer las cinco especies de rinoceronte existente: el blanco y el negro (de África), y el de la India, el de Sumatra y el de Java (de Asia); algunas de ellas al borde de la extinción.

La palabra "rinoceronte" procede del griego, de *rinos* ("nariz") y *keros* ("cuerno"). Por lo tanto, su significado literal es "nariz con cuerno".

Además de *abada* otros sinónimos en desuso de rinoceronte, recogidos en textos de siglos pasados, son: *bada* y *rinocerote*.

Los roqueros cenan con sus padres

Fernando Martín Pescador



Cartel de la película

Springsteen: Deliver Me from Nowhere, dirigida por Scott Cooper, Bluegrass Films & Gotham Group, 2025.
Hasta que me quede sin voz, dirigida por Mario Forniés y Lucas Nolla, Movistar Plus+, 2025.

No todo está escrito. No todo está inventado. Los seres humanos seguimos buscando e inventando nuevas historias y otras formas de contarlas. Y esto puede constatarse en todas las expresiones artísticas: literatura, cine, música, pintura... Encontramos en la cartelera actual dos películas, una estadounidense y otra española, que son una buena muestra de esto. Curiosamente, ambas tienen varios puntos en común: las dos tienen a un roquero como protagonista (Bruce Springsteen y Leiva); las dos giran en torno a la enfermedad de ese roquero (son dos enfermedades distintas); las dos sitúan al artista asomado a un precipicio; las dos exploran el proceso creativo del artista; debido a esto último, gran parte del metraje de las dos películas muestran al protagonista solo, guitarra en mano; las dos revisan la relación del artista con sus padres.

El espectador que se embarque en *Hasta que me quede sin voz* no se llevará ninguna sorpresa. Se trata de un documental cuyo mayor aliciente, a priori, es la omnipresencia de Leiva. Comienza hablando de su infancia y luego nos presenta a sus padres, que se hacen querer desde el inicio. Su madre le enseña a cocinar por teléfono y su padre escribe poesía. Él los va a visitar al barrio

y los tres cenan en la cocina de casa como supongo que hicieron un millón de veces cuando Leiva todavía vivía con ellos. Recomendable.

La película dirigida por Scott Cooper es bien distinta. Basada en la novela homónima de Warren Zanes (*Deliver Me from Nowhere*), se centra en un momento decisivo de la carrera de Springsteen: está a punto de convertirse en la estrella que es hoy, pero su pasado y su situación vital le piden que haga algo totalmente distinto a lo que se espera de él. La película está llena de sutilezas y huye de los triunfalismos de las biopelículas. El largometraje supondrá, muy posiblemente, la consagración de Jeremy Allen White como estrella de cine (ya ha triunfado en televisión con las series *Shameless* y *The Bear*) y la consagración de Scott Cooper como director, que, a pesar de tener una filmografía interesante que atrae a estrellas como Christian Bale, Jeff Bridges, Maggie Gyllenhaal, Collin Farrell y Rosamund Pike, todavía no nos ha dado su mejor película (mi favorita sigue siendo su ópera prima, *Corazón Rebelde* - *Crazy Heart*, 2009).

Con gran habilidad y muy sutilmente, *Deliver Me from Nowhere*, termina dando gran protagonismo a su mensaje de sensibilización hacia la depresión, una de las enfermedades mentales más frecuentes de nuestro tiempo. «A día de hoy», dice el mensaje final, «Bruce Springsteen sigue luchando contra la depresión. Pero con ayuda y con esperanza.»



Cartel de la película

La belleza en la palabra

Tina de Luis♦

En los últimos tiempos, me confieso perdida en el vasto universo de la literatura. Se me muestra como una jungla de letras, cuya espina vertebral se desdibuja. De pequeña sucumbí al influjo y a una entrega incondicional a este arte —ARTE con mayúscula—. Me enseñaron (y aprendí con placer) a apreciar su belleza, su grandiosidad, su transcendencia. Me zambullí en su magia, resistiéndome a emerger, la interioricé y la disfruté. Quedé prendada de sus encantos para el resto de mi vida. Hoy, sin embargo, cuando atisbo su horizonte, me desoriento: mi mirada no alcanza el final. La esencia de la literatura que amé y estudié se halla, en cierto modo, arrinconada, acobardada ante mandíbulas voraces que pretenden cercenarla. En torno a magníficos escritos y autores, revolotean ripios envalentonados, laureados y aplaudidos, en una necia pretensión de equipararse con obras magistrales.

La complejidad de la literatura en el panorama actual se debe a la pujante irrupción de factores que la facilitan y la impulsan: la globalización, el impacto de la tecnología, la digitalización, la aparición de nuevos sistemas y modalidades de edición... Unos y otros han potenciado la producción de escritos, que proliferan y se expanden como polen en primavera. En la actualidad, todo el mundo parece querer escribir y, como podemos ver, lo tiene a pedir de boca. Las redes sociales, la inmediatez en la comunicación y la factibilidad de llegar a miles o millones de personas, posibilitan y estimulan, de forma exponencial, el deseo de publicar, de convertirse en autor. Esto me trae a la memoria un chascarrillo (lo que viene a ser un *meme*) que se contaba hace tiempo, sin intención de ofender, respecto al elevado número de estudiantes de Derecho: «Da uno una patada al suelo y salen abogados de entre las piedras». Bien, pues esta broma podría aplicarse ahora a los escritores; algunos de los cuales, aparte de lanzarse al mundo literario en picado y sin paracaídas, se autoerigen en el *Fénix de los ingenios* y fabrican febrilmente y en cadena. Como aval de esta ten-

♦ **Tina de Luis** ha compaginado la enseñanza con su pasión por la escritura. Además de colaborar con poemas, cuentos y relatos en diversas páginas y publicaciones, tiene editadas diez novelas: infantiles, juveniles y para adultos.

dencia, podemos remitirnos a los datos de la Federación de Gremios de Editores de España (FGEE). En el dos mil veinticuatro se publicaron casi 88.000 títulos: cerca de 60.000 en formato de papel y casi 28.000 en formato digital; con una producción que supera los 210 millones de ejemplares impresos y más de 18 millones de descargas digitales. Me pregunto si en otros momentos de la historia el ansia por escribir era tan desmedida y al mismo tiempo refrenada por la falta de medios para materializarla. Desde una perspectiva distópica, llegaría uno a pensar que tal vez se transmita por contagio. ¿Qué objetivos o metas incitan dicho deseo? ¿La imperiosa necesidad de exteriorizar todo aquello que nos hierva dentro y que pugna por salir? ¿La fama, la popularidad, la complacencia del ego y la autoestima? ¿La viralización en redes? ¿La búsqueda de El Dorado? Desde luego, yo descartaría las razones económicas: salvo un elenco de famosos, o agraciados con la lotería de un *best seller*, pocos viven exclusivamente de la escritura.

Como aspecto positivo de este maremágnum de producciones, debemos celebrar que la literatura haya dejado de ser privilegio de un grupo relativamente reducido de autores, para abrir sus puertas a escritores excluidos del inaccesible y tradicional engranaje editorial. El inconveniente es que una, nada desdeñable, cantidad de publicaciones salen a la luz sin control alguno ni filtros que determinen su calidad; circulan bodrios, para decepción del lector y desprestigio del buen hacer.

La temática de este, en cierto modo, caos escritural, es reflejo de un mundo globalizado y multicultural. No existe una única línea determinante que lo defina. Podemos hablar de algunas tendencias y características clave, como pluralidad, hibridación, fusión, cruce de géneros en los que las fronteras se difuminan; coexistencia de estilos opuestos: austeridad o desenfreno, maximalismo o minimalismo. En ocasiones el minimalismo se acentúa tanto que deglute el texto.

Llegamos al aspecto más peliagudo y significativo: la belleza en la palabra. Soy de la opinión de que no existe auténtica literatura sin un mínimo de estética. Entre los diversos enfoques y definiciones que se han ido dando a lo largo de la historia, y sintetizando al máximo, la literatura se percibe como el arte del

lenguaje que enriquece la experiencia humana. Ciertos elementos se repiten en las interminables definiciones que de la misma se han dado:

- El uso estilizado del lenguaje.
- Valor estético y artístico.
- Función cultural y preservadora.

En los últimos años, la estética, la forma, el arte, la belleza en la escritura han sido relegadas e ignoradas por un amplio sector de autores, llegando a una simplificación extrema. Podríamos hablar, sin temor a equivocarnos, de negacionistas de la estética en la escritura. Cabe pensar que de dicha postura obtienen el beneficio de la facilidad, la simpleza y la comodidad en su uso. Es más, enarbolando tales premisas, consiguen el blanqueo de la ignorancia. Parte de la escritura contemporánea prioriza accesibilidad sobre profundidad; a veces, por el influjo de ciertos talleres de escritura, que cortan las alas a cualquiera que se salga de sus directrices, se estandarizan estilos y se defiende que "lo literario" abarca cuanto se expresa o se inventa, sin importar el cómo. He podido constatar que, en algunos certámenes literarios, se adjudican premios a composiciones insustanciales y vergonzantes, quizás para levantar la moral y el ánimo de los menos agraciados por las musas, o de los desahuciados por la corrección escrita.

He debatido acerca de esta cuestión con opiniones contrarias a las mías, que argumentaban: «Si les gusta a los lectores, el libro es bueno». «¿Entonces creéis que no importan reglas ni corrección ni belleza en el uso de la lengua? ¿Ni siquiera se deben valorar estos aspectos al otorgar un premio literario?», preguntaba yo. La respuesta invariable era un no. Así que, señores, según esto, literario o no, todo escrito es estupendo.

Si nos preguntasen ahora mismo qué entendemos por literatura. ¿Qué responderíamos? Mientras lo meditamos seguiré adelante. El término proviene del latín *literatura* y significa aprendizaje, *escritura o gramática*. Subrayo aprendizaje, ya que a través de él se adquiere lo demás. Para mí la lectura supone la fuente madre del aprendizaje de la lengua y de la literatura y me duele que algunos nuevos escritores, de los que llenan páginas como quien hace churros, alardeen de lo poco que han leído. Y así es, algunos publican muchas más obras de las leídas en toda su vida. También he oído comentar a más de un

joven: «Yo escribo igual que hablo. Mola, y nos entendemos mejor». En fin, personas que nada tienen en común con este arte y se creen capacitados para ejecutarlo. Es lo que hacen: lo “ejecutan”. Contribuye a ello la accesibilidad a amplios círculos de lectores cómodos, que marcan la tendencia del «que sea fácil, por favor». ¿Estamos llegando a una pérdida de la capacidad de esfuerzo, de concentración, incluso de pensamiento? ¿No se tiene en cuenta la belleza por considerarla una trivialidad o, sencillamente, porque se desconoce o trastoca el concepto, encontrándola hasta en lo más estrafalario?

Según la primera acepción del diccionario de la RAE, literatura es «Arte de la expresión verbal» (en esta subrayo arte). ¿Cualquier cosa escrita es arte o literatura? ¿Lo es una copia de otro escrito? ¿Una carta comercial? Se cae en la banalidad de aplicar el término literatura a cualquier texto escrito sin mayores consideraciones. Me siento identificada con Truman Capote en su dicho: «Para mí el mayor placer de la escritura no es el tema que se trate, sino la música que hacen las palabras».

¿Dónde deberíamos establecer la línea o frontera entre lo que es y no es literatura? ¿Existe una literatura buena y una mala o solo una? ¿Conviven hoy múltiples literaturas? ¿Algo así como un *multiverso* literario? Tanto hemos desplegado el abanico que su significado se diluye como el éter en un frasco destapado. Podríamos hablar, en todo caso, de *pseudoliteraturas*, o como dice Luis Mateo Díez, con gran acierto, de escrituras y literaturas. Me temo que este galimatías, lejos de aclararse, se complique aún más para futuras generaciones.

Lo clásico, por bello que sea, ya no seduce a un porcentaje considerable de lectores y escritores. Llega un momento en el que, aunque te duela el alma, intentas soslayar lo que te enseñaron, casi “desaprender”, para que no te saquen los colores y te tilden de antigualla. La literatura deconstruida está de moda. Por fortuna, la belleza en las palabras nunca desaparecerá; sus incondicionales son numerosos y grandes.

Por si no fuera suficiente lo anterior, podríamos hablar de la irrupción de la IA, pero... eso es otra historia.

ACRÓSTICOS

Juan José Jurado Soto[^]



Tal y como explican nuestros diccionarios, un acróstico es una composición poética en la que las letras iniciales, leídas de manera vertical y de arriba hacia abajo, forman una palabra o frase. Igualmente se conoce como acróstico a la palabra o frase resultante y, normalmente, suele tener relación con el tema de la composición. Además, también se llama acróstico al pasatiempo que consiste en descubrir las palabras o ideas ocultas colocadas verticalmente.

Son muchos los escritores y poetas que, a lo largo de la historia, han utilizado acrósticos como recurso literario, como forma de presentar mensajes ocultos, de rendir homenajes o, simplemente, de jugar con las palabras y el lenguaje.

[^] **Juan José Jurado Soto** es maestro y psicopedagogo. Ha ejercido como funcionario en colegios e institutos públicos de la Comunidad de Madrid. Lleva casi 40 años publicando libros y artículos de temas diversos, gran parte de ellos relacionados con la educación. También ha ilustrado algunas de sus obras y de otros autores.

Ejemplo:

AURORA

Alondras cantan y ya
Un ansia de amanecer
remece la noche y da
oro y plata y rosicler.
Respóndeme, ¿quién será?
Aurora, quién ha de ser.

Alfonso Reyes (1889-1959)

El acróstico ha sido especialmente valorado en épocas como el Renacimiento y el Barroco, pero también, en la actualidad, ha encontrado nuevas formas de expresión en la poesía, la educación, la literatura infantil y la música. *Shakira* utiliza esta técnica en su canción *Acróstico*, donde con las letras iniciales de cada verso se forma el nombre de sus hijos.

Lo más común es que la palabra o palabras del acróstico estén formadas por las letras iniciales, pero también pueden estar situadas en el medio o al final de los versos.

Aunque el acróstico hace referencia a una composición poética también hay experiencias con texto en prosa.

Ejemplo:

LA TORRE DEL OJO

La Torre del Ojo es una revista de Literatura,
Además de Cultural, muy apropiada para
Todas aquellas personas que están interesadas
O deseosas de aprender y disfrutar con
Relatos, noticias, análisis, ensayos, entrevistas,
Reportajes, bellas imágenes, agenda, etcétera.
Empatía, risas, sorpresa, placer..., son algunas
De las muchas emociones que pueden florecer
En el tiempo dedicado a su respetada lectura.
La revista también es un punto de encuentro, de
Oportunidades para que aficionados y escritores
Jóvenes descubran nuevas vías de aprendizaje.
Ojalá cada día más personas compartamos la propuesta.

Juan José Jurado Soto

Además de los tipos de acrósticos referidos, atendiendo a su posición – inicial, medio o final–, existe el llamado *acróstico doble*.

Un *acróstico doble* va un paso más allá en cuanto a complejidad de la composición: en este caso son dos palabras o ideas las ocultas. Una está formada por las letras iniciales y otra por las finales de cada una de las líneas. También puede implicar que el acróstico se lea de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, o que se formen dos palabras en paralelo iguales o diferentes.

Ejemplo:

NOVIEMBRE

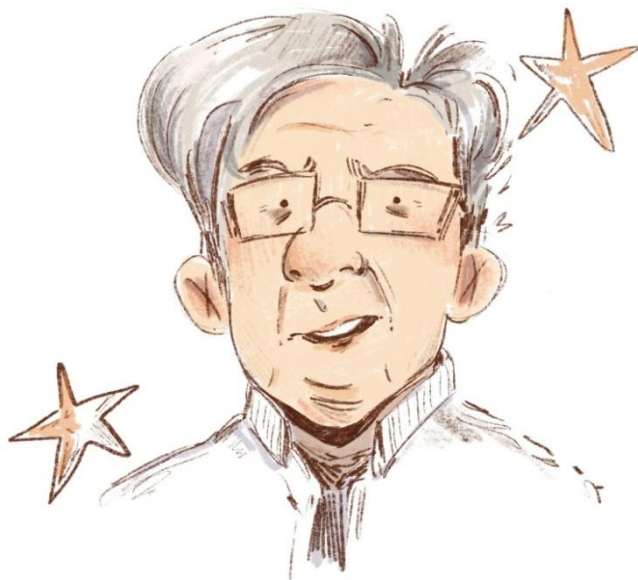
Nuestro penúltimo mes ya entra en acció**N**
Optimo y perfecto para disfrutar del otoñ**O**
Vienen tiempos de estar en casa, de manta y t**V**
Inciertas jornadas de lluvia que ya están aqu**I**
Es temporada de castañas, de madroños y de t**E**
Mes de hojas que caen al son de un requie**M**
Bellas imágenes ocres que inspiran una we**B**
Realidad melancólica presente para recorda**R**
El recién llegado mes, durante 30 días lo tendr**E**

Juan José Jurado Soto

Un acróstico puede ser mucho más que una forma de transmitir un mensaje y que un simple pasatiempo (de cierta similitud con los crucigramas): también es una forma creativa de jugar con el lenguaje, de transmitir ideas misteriosas y de ejercitar la mente. Su encanto reside en que combina contenido y forma, obligando a quien lo compone a pensar en múltiples niveles: qué quiere decir y cómo lo va a decir. Esto lo convierte en un ejercicio excelente tanto para niños como para adultos, ya que estimula la imaginación, el vocabulario, la ortografía y la capacidad de síntesis. Por supuesto, siempre hay que empezar por palabras sencillas: *amor, reír, feliz...*, e ir progresando en dificultad.

¿Os animáis a experimentar y crear vuestro propio acróstico? Descubriréis que cada letra puede ser el inicio de algo bello, sorprendente, original y totalmente personal.

Presencia y otros poemas de José Emilio Pacheco



El 10 de mayo de 2022 el Instituto Cervantes de Chicago inauguró una biblioteca en su misma sede a nombre del poeta mexicano, José Emilio Pacheco, quien recibió el Premio Cervantes en 2009. En 2001, el Festival Internacional de Literatura de Berlín aclamó a Pacheco como «uno de los poetas latinoamericanos más importantes.» En su honor, el Instituto Cervantes encargó a Tomás Lozano, compositor y cantante español, crear música para un puñado de poemas de la amplia trayectoria poética de Pacheco y cantarlos durante la inauguración. Ahora Tomás Lozano comparte la poesía de Pacheco con el mundo cantando sus poemas. En sus conciertos le acompaña la declamadora Rima Montoya, quien recita cada poema antes de que sea cantado. Musicalmente le acompañan Daniel Cueto, flautista Peruano y Julia Shannon, violinista estadounidense. A modo de introducción a cada concierto, se proyecta un minidocumental de 12 minutos titulado, *Presencia Eterna, José Emilio Pacheco (1939-2014)*, creado por Diagrama Producciones SL, sobre la vida literaria de José Emilio Pacheco.

Nacido en Barcelona, de padres andaluces, Tomás Lozano es conocido por su ecléctica musicalidad. Su interpretación de los romances tradicionales de España se destaca como icónica. Lozano se distingue por sus composiciones musicales ambientadas en poetas legendarios. Interpreta sus obras originales, solo o acompañado, expresadas magistralmente a través de su voz suave, su vibrante guitarra o el relajante sonido de los bordones de su zanfona.

Tomás vendrá a España en la primavera de 2026. De momento, vendrá solamente junto a Rima Montoya, que declamará los poemas. En estos momentos, se encuentran diseñando su gira por España para esas fechas. Si alguien está interesado en contratar uno de esos conciertos por España, puede contactar con Tomás a través de su correo electrónico: tomas@tomaslozano.com.

También puede visitarse su página web: www.tomaslozano.com.



III Certamen Literario Breverías

Arranca por tercer año consecutivo el Certamen Literario Breverías

Un año más, tras el éxito de sus dos ediciones anteriores, el Club Cultural Breverías presenta el III Certamen Literario Breverías, un proyecto que busca fomentar la creación literaria y el consumo cultural de la localidad valdemoreña. Todo escritor es bienvenido a presentar su candidatura y contribuir en este agradable encuentro.

¿Cuáles son el género y el tema?

La obra deberá ser un relato breve de ficción narrativa, con una extensión máxima de 1000 palabras y sin ninguna restricción temática.

¿Quién puede participar?

La participación está abierta a residentes del territorio nacional mayores de 18 años. Las obras deben ser inéditas y presentadas en castellano. Además, solo podrá presentarse una obra por autor. No podrá obtener el primer premio el ganador de una edición pasada.

¿Dónde hay que enviar las obras?

Las obras se enviarán en formato PDF a la dirección de correo electrónico oficial del certamen: breverias.certamen@gmail.com. Además, deberá entregarse otro PDF con la información del autor.

¿Cuál es el plazo máximo?

La entrega finalizará el próximo 14 de febrero y podrán presentarse los textos desde ya mismo.

¿Cuál es el premio?

El relato ganador será publicado en *La Revista de Valdemoro*, con menciones honoríficas para el segundo y tercer puesto.

¿Cuándo se sabrá el veredicto?

El ganador será anunciado durante la gala de entrega del premio el día 24 de abril de 2026.

Como cada año, este certamen se presenta como una oportunidad de dar a conocer nuevos escritores locales, tanto aficionados como profesionales, y crear un nexo cultural entre los habitantes de Valdemoro y la comunidad literaria de nuestro país.

Si eres escritor o aspirante, presenta tu candidatura al Certamen Literario Breverías, donde cada palabra cuenta.

AGENDA

2025 - 2026

Estas son las actividades culturales previstas para la próxima temporada dentro del marco de Luciérnagas:

23 Septiembre – DÍA EUROPEO DE LAS LENGUAS

19:00 – 20:00 — Chillout Room – Escuela Oficial de Idiomas de **Valdemoro**

19 Oct 2025 – 2 Ene 2026 –

La luz de tu querer

Exposición de Livia Organista

Milia's Coffee - Kirchstraße 10, 42103 Wuppertal Hauptbahnhof

27 Octubre – Tertulia literaria sobre el libro *Rincones de la infancia*, de Felipe Díaz Pardo

11:30 -13:30 – Fuenlabrada

28 Octubre – TARDE DE MONSTRUOS

19:00 – 20:30 – Lectura de cuentos de terror.

Noviembre –CERTAMEN LITERARIO BREVERÍAS III EDICIÓN

Diciembre – CUENTOS POR NAVIDAD

Número 114, diciembre 2025, de *La revista de Valdemoro*

21 Abril – POSEÍA POESÍA

19:15 Biblioteca Ana María Matute – Valdemoro

Primavera 2026 –

PRESENCIA Y OTROS POEMAS DE JOSÉ EMILIO PACHECO

Tomás Lozano en concierto

Ilustraciones de Candela Ruiz Cortés

Portada: La torre del ojo.

Página 3: Autorretrato.

Página 4: 56

Página 8: La lupa.

Página 9: El vacío que alguna vez sentimos.

Página 10: Moñeco.

Página 11: Chonky.

Página 12: El marinero.

Página 13: A veces nos ahogamos.

Página 14: Sin ataduras.

Página 15: Me quedo aquí.

Página 16: Margarita.

Página 17: Pezformative.

Página 19: Sacar la basura.

Página 23: La Celestina.

Página 28: Ella.

Página 31: La muerte y su compañera de vida.

Página 36: Disgusting ice cream.

Página 47: Nosferatu.

Página 55: Vista de pájaro

Página 56: Los libros son como el pop.

Página 68: Es **Bueno** Retratar y no **Unicamente** aquello que vemos por las calles, sino todo lo que **Jamás** percibiremos por más **Atención** que pongamos.

Página 71: Retrato de José Emilio Pacheco.